

# El final del comienzo

Un relato de *Las reglas del juego*

Nisa Arce

1. [Créditos](#)
2. [Nota de la autora](#)
3. [Dedicatoria](#)
4. [El final del comienzo](#)
5. [La historia continúa en Infinito](#)
6. [Sobre la autora](#)

# Créditos

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

© 2020, *El final del comienzo (un relato de Las reglas del juego)*

© 2020, Nisa Arce, de la presente edición

© 2020, Beta-reader: Nayra Ginory

© 2020, diseño de portada: Nisa Arce, basado en los diseños de Lucía Arca para *Las reglas del juego* e *Infinito*

<http://www.lucaarca.portfoliobox.net/>

Has adquirido una obra publicada mediante autoedición. Gracias por apoyar el trabajo de los autores independientes.

<http://www.Nisa-Arce.net>

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

# Nota de la autora

Este relato se sitúa tres años después del final de *Las reglas del juego*, y dos antes de *Infinito*. Por lo tanto, es imprescindible haber leído previamente la trilogía para su total comprensión.

# Dedicatoria

*A mi pequeña Luna, quien mientras escribía este relato en pleno confinamiento por la covid-19 no solo aprendió a gatear, a ponerse en pie, a dar sus primeros pasos y superó con éxito la salida de su primer diente, sino que, además, hizo su primera aportación a mis historias una tarde en la que, al ver que estaba usando el portátil para avanzar en el texto, consiguió llegar al teclado para aporrearlo. Dice así:*

*tuszzzzzzxcxxsdj€d€dewewdefdfvffv1a °<*

# El final del comienzo

Mientras abría la puerta con la tarjeta llave que le habían dado en recepción, Mateo no pudo evitar esbozar una sonrisa. Se quedó de pie en el marco, maleta en mano, observando aquella estancia: las líneas clásicas y elegantes aunque frías de la decoración, los cortinajes que tapaban las ventanas, la amplia cama en la que había pasado la que recordaba como una de las peores noches de su vida, si no la que más. Se sentó en el lecho, y mientras deslizaba lentamente la mano sobre la colcha para recrearse en el tacto, se dijo que aquella sí que era una buena manera de cobrarse su pequeña venganza personal. Y es que Alejo, eficiente y cumplidor como de costumbre, había hecho realidad sus peticiones en cuanto se hizo público que estaba nominado nuevamente al Balón de Oro por sus logros la temporada pasada. Lo que le había pedido era sencillo, aunque lleno de significado: quería alojarse en el mismo hotel de Zürich que la anterior vez. En concreto, en la misma habitación.

Y allí estaba cinco años después, más empoderado y seguro de sí mismo, con muchas más cargas y preocupaciones sobre los hombros, pero también con la tranquilidad de tener la conciencia totalmente limpia, a apenas unas horas de saber si el mundo del fútbol profesional, ese mismo que había tratado de aislarle formando un vacío a su alrededor, claudicaba por carecer de motivos que justificasen que no se tuvieran en cuenta sus logros meramente deportivos.

Una parte de sí mismo estaba deseando comprobarlo, pero la otra, dominante en aquellos momentos, ya celebraba el poder seguir ejerciendo su *vendetta*. Qué importaban los premios, las alabanzas de los medios o el reconocimiento de los cientos de compañeros del sector que habían hecho constar su voto para la categoría a la que estaba nominado. Todo ello quedó en un segundo plano en cuanto escuchó que la puerta volvía a abrirse.

Sentado en la amplia cama, vistiendo, al igual que aquella noche funesta, un traje a medias tras haberse despojado de la chaqueta y los zapatos, Mateo dejó que Dani volviera a convertirse en el

epicentro de su universo, solo que en lugar de tenerlo al otro lado de una línea telefónica se encontraba a pocos metros de él, recién llegado del aeropuerto tras haber tomado un vuelo en Madrid.

Ese momento, tenerle ahí con él justo donde la historia de ambos se había resquebrajado cuando no sabían cuál iba a ser el curso de los acontecimientos, se le antojó perfecto.

—Joder, menos mal que apenas había tráfico para venir hasta aquí. Creía que no iba a llegar nunca —protestó Dani tras dejar su maleta en el suelo.

En lugar de responderle, Mateo le sujetó de las muñecas y tiró hasta conseguir que el defensa se metiera con él en la cama. Tras quedar recostado sobre su torso, Dani procedió, esta vez sí, a saludarle como era debido:

—¿En serio han pasado solo dos semanas? —Le besó—. Se me ha hecho eterno.

—Dos semanas y tres días —puntualizó el delantero argentino, que llevaba a pies juntillas la cuenta del tiempo transcurrido desde la última vez que se habían visto.

Dani se lo quedó mirando, haciendo un esfuerzo tremendo por centrarse, tal y como llevaban haciendo desde que retomasen su relación, en disfrutar del presente, pero saber que tendrían que volver a separarse a primera hora de la mañana era un dato difícil de obviar.

—¿Nervioso? —le preguntó.

—¿Yo? Pero boludo, si quedaré finalista —replicó con guasa, como si diera por hecho que no iba a llevarse el galardón.

El gesto del capitán del Juventud se tornó serio.

—Mateo, vas a ganar —afirmó—. Si no lo haces, somos muchos los que dejaremos de creer en las federaciones y todo lo que representan.

Él, pasándole las manos por detrás de la cintura, volvió a restarle importancia:

—No hay que menospreciar los méritos de los demás.

—Por una vez, créetelo —pidió Dani, visiblemente enervado—. Lo digo en serio: te lo mereces.

Mateo tomó aire y volvió a sonreír. Haciéndole caso, repasó mentalmente lo que habían sido sus registros la anterior temporada:

de nuevo máximo goleador tanto en liga como en copa; los títulos ganados con el Westhound; y, sobre todo, la segunda Copa del Mundo, consecutiva además. Su imagen vistiendo la albiceleste con la banda de capitán en el brazo y la medalla al cuello, levantando el icónico trofeo mientras se apoyaba en una muleta tras haberse lesionado al marcar el gol que había decantado la balanza a favor de Argentina, había dado la vuelta al planeta.

—Y si gano, ¿qué? —se cuestionó más bien a sí mismo.

—Pues elegantemente les dices a todos los que trataron de enterrarte antes de tiempo que se pueden ir a tomar por culo.

El delantero rio.

—En verdad, algo por el estilo preparamos Alejo y yo para el discurso por si lo tuviera que leer... Che, cuánto te extrañé.

—Cada vez se hace más cuesta arriba sobrellevar la distancia, ¿verdad...? —musitó Dani contra sus labios.

Mateo asintió mientras volvía a besarle. No disponían de demasiado margen antes de tener que poner rumbo al Kongresshaus, el recinto en donde tendría lugar la ceremonia, por lo que aunque nada le hubiera gustado más que poder aislarse del mundo con él lo que quedaba de jornada, optó por ir al grano:

—¿Vos estás preparado para salir?

—Tengo que cambiarme, pero lo hago en un momento. ¿Por?

—Este..., es que antes de que Alejo nos venga a buscar quiero hablar con vos de un asunto.

Dani frunció el ceño.

—¿Va todo bien?

—Sí. Es solo que quiero que lo sepás antes que nadie.

El leonés se incorporó al tiempo que proponía:

—¿Bajamos a tomar algo? Así me lo cuentas mientras esperamos.

—Dale, perfecto.

Poco después pusieron rumbo a la planta baja del hotel, ambos luciendo trajes negros de corte sencillo aunque elegante, camisa blanca y corbata a juego. Tomaron asiento en las cómodas butacas de las que disponía la zona de restauración, y cuando les hubieron servido dos *espressos*, Dani fue directo:



—¿Y bien? —preguntó; como era habitual desde que hicieran pública su relación, notó que alguna que otra mirada curiosa se posaba sobre ambos, pero las ignoró.

Mateo, mientras revolvía su café, procedió a explicarse:

—Durante el vuelo hacia acá tomé una decisión sobre mi futuro...

—¿Vas a renovar? —preguntó a bocajarro.

El argentino, sabiéndose mucho más tranquilo de lo que creyó en un principio, lo puso al corriente de sus intenciones:

—No, no renovaré con el Westhound.

Dani, sorprendido, barajó las demás ofertas que Mateo había recibido en cuanto arrancó la última temporada de contrato que este tenía firmado con el conjunto inglés.

—¿Te vas al Milano entonces? —quiso saber, pues a su juicio era la mejor opción.

Tras dar un sorbo, Mateo esbozó una sonrisa y, al fin, lo soltó:

—En verdad, no aceptaré ninguna oferta... Me voy a retirar.

El defensa perdió momentáneamente el habla.

—¿Cómo que te vas a...? ¡Pero si eres joven todavía! Aún tienes mucho que...

—Vos sabés mejor que nadie que mi pierna no volverá a ser la de antes —lo cortó Mateo.

Dani se lo quedó mirando a los ojos en silencio mientras su mente sintetizaba los últimos siete meses: la emoción de presenciar en directo cómo Mateo volvía a erigirse campeón del Mundo, la preocupación de, a su vez, presenciar desde el palco del estadio cómo recaía en su vieja lesión de isquiotibiales. El silencio aséptico del pasillo del hospital donde lo operaron al día siguiente, el cual recorrió una y otra vez mientras esperaba a que saliese del quirófano. La noche que pasó con él en dicho recinto hospitalario, tratando de mantenerlo distraído con tal de que no recordase más de lo necesario que sus compañeros de selección estaban celebrando el triunfo en aquellos momentos. La transformación de las vacaciones que ambos habían planeado tomarse en la casa de Cádiz en una estancia forzosa en la residencia londinense de Mateo, donde se ocupó de ayudarlo y atenderle en el postoperatorio una vez le dieron el alta. Los altibajos anímicos, el relato que, una vez tuvieron que separarse, Mateo le iba haciendo a diario sobre la

rehabilitación, en el cual no hacía sino contarle, de forma más o menos directa, lo mucho que le estaba costando recuperar el tono muscular. Por último, sus propias conclusiones a base de observarle jugar aquella temporada, ya fuese a través de una pantalla o en directo. Y es que aunque no había llegado a expresarlo en forma de palabras, Dani debía reconocer que había pensado en más de una ocasión eso mismo que Mateo acababa de decirle.

—Sigues teniendo un juego muy ágil, pero no, tu pierna no volverá a ser la de antes —afirmó—. Aunque eso no implica que tengas que despedirte tan pronto de la competición, sobre todo ahora que has renunciado a jugar con tu selección y tienes menos encuentros.

—¿Y marchar a una liga secundaria donde haya menos exigencia física? ¿Vos serías capaz de algo así?

—No. Preferiría retirarme estando aún en lo más alto.

—Entonces comprendés mi decisión, ¿cierto? —preguntó Mateo mirándole a los ojos, expectante.

El capitán del Juventud y de la selección española buscó su mano y entrelazó los dedos con los suyos. Con el gesto, las alianzas de plata que ambos lucían refulgieron la una junto a la otra.

—Comprendo tu decisión y tienes todo mi apoyo —le dijo, terminando de dotar de significado tales palabras con un beso sobre la mano que tenía asida contra la suya.

Mateo esbozó nuevamente una sonrisa. El alivio que de pronto sintió no se podía describir.

—Además de vos, solo Alejo lo sabe —apuntó con voz suave—. Le pedí que fuera comunicándolo a la directiva del club, así que nada más llegar al hotel se marchó a hacer unas llamadas.

Dani asintió. Sus manos seguían unidas para cuando reparó en cierto detalle:

—Y si cuelgas las botas..., ¿te centrarás en tu trabajo en la fundación?

—Es mi intención, sí.

—Pero... ¿seguirás viviendo en Londres?

—Tendré que viajar allá a menudo, pero no. —Mateo, sin dejar de mirarle a los ojos, fue sincero—: Lo cierto es que estaba pensando en volver a Madrid. Es un lugar estupendo en el que abrir

una delegación que haga de enlace con las nuevas que planeo para América Latina. —Iba a seguir añadiendo detalles cuando distinguió, no demasiado lejos, la inconfundible silueta desgarrada de quien era el representante de ambos. Mateo hizo un gesto y lo llamó—: ¡Alejo! Che, Alejo, estamos acá.

Este, tras reconocerlos, se acercó a ellos. Llevaba dos móviles encima y cara de estar lo que se decía estresado.

—¿Sin problemas la llegada, Dani? —quiso saber el argentino.

—Todo perfecto, gracias —respondió mientras le sonreía a modo de saludo.

—¿Querés algo, flaco? —le preguntó Mateo.

—Sí, que me dejés vivir tranquilo dos días seguidos a poder ser —replicó Alejo, medio en broma medio en serio—. Tomaré lo mismo que ustedes.

Mateo le pidió al camarero tres cafés más y a continuación se quedó mirando al recién llegado:

—¿Y bien?

—Hablé con el secretario general —lo puso al corriente Alejo—. Se comprometió a comunicárselo al presidente, y este recién me llamó. Dice que le apena tu decisión, pero que le enorgullece saber que te vas a retirar en el Westhound.

—Entonces ya puedo hablar con el míster —dijo Mateo buscando su teléfono en el bolsillo interior de la americana.

—¿Por qué tanta prisa? —se extrañó Dani—. Aún queda temporada por delante, ni que lo fueras a... —Se quedó con la frase a medias, pues por el gesto entre enigmático y divertido de Mateo, intuyó que tramaba algo—: ¿Qué vas a hacer?

—¿Recordás aquella noche, cuando me llevé el Balón de Oro?

—Joder, como para no acordarme —bufó el leonés.

—Pues digamos que si gano hoy...

—Que vas a ganar... —replicaron a la vez Dani y Alejo, exasperados, pues al margen de los parentescos, como amantes del fútbol no contemplaban otra posibilidad.

—Si gano hoy —recalcó Mateo—, esta vez no dejaré pasar la oportunidad del discurso para dejar huella.

—¿Vas a anunciar públicamente ahí que te retiras? —se volvió a extrañar Dani.

—Vos confiá en mí.

—No, si confiar, confío, pero tienes la capacidad de liarla parda en un abrir y cerrar de ojos...

—Si los medios te preguntan —le dijo Alejo al defensa español—, vos decís que es una decisión personal de él —recalcó señalando a Mateo—, y que son él y su club quienes darán más información cuando corresponda.

—Ya, ya lo sé —farfulló Dani—, para algo llevo unos cuantos años poniendo cara de póker delante de los micrófonos.

—Este..., debería también decírselo a Tina y los demás —observó Mateo, quien a continuación empezó a teclear en el móvil.

Cuando Dani notó que el suyo le vibraba, supuso que había mandado un mensaje al grupo de la aplicación de mensajería instantánea en el que estaban todos metidos. Apenas unos segundos después, el aparato no dejaba de vibrar ante el aluvión de mensajes entrantes, hasta el punto de que Dani resopló mientras lo silenciaba.

—Aún no es tarde para pedirle el divorcio —bromeó Alejo incorporándose tras acabarse el café y dándole una palmada al leonés en el hombro, como insuflándole paciencia.

—¡Pero si recién le hablé de vivir juntos! —protestó Mateo entre risas.

Al escuchar aquello, Dani se quedó estupefacto.

—¿Lo dices en serio?

—¿El qué, boludo, lo de vivir juntos? Obvio si vuelvo a Madrid. —Ante la cara de incredulidad del defensa, Mateo dudó—: ¿O a vos no te parece buena idea?

Era tal el bombardeo de información y tan poco el tiempo para procesarla que Dani se sintió imbécil por no haber captado el mensaje cuando lo puso al tanto de sus planes. Esbozando una sonrisa, replicó:

—Claro que me lo parece. De hecho, lo estoy deseando.

Mateo le devolvió la sonrisa.

—Yo también.

Tras un breve margen, Alejo tuvo que intervenir:

—Siento estropear el momento romántico, pero el chofer está al llegar —los interrumpió, indicando que tenían que poner rumbo a la

entrega de premios.

—Dale, vamos.

Dani también se incorporó. Mientras se dirigían hacia la salida del hotel y se ponía la chaqueta, pues el frío de finales de enero se notaba sobremanera en territorio alpino, sopesó la magnitud del breve diálogo que acababan de mantener.

Sí, era cierto. Tras tres años y medio de relación a distancia, no había día en que no desease que precisamente dicha distancia acabara. Y sin embargo, iniciar una vida en común se le antojó un paso lo suficientemente importante como para no darlo a la ligera.

Pero tal asunto tendría que esperar, pues era momento de centrarse en lo que los tenía allí, en la capital suiza.

—Pase lo que pase en la ceremonia —dijo Dani ya desde el asiento trasero del vehículo en el que pusieron rumbo al Kongresshaus— sabes que estamos orgullosos de ti, ¿verdad?

Mateo asintió con una sonrisa. Apoyó la cabeza en el hombro de Dani y giró el rostro en dirección a la ventanilla tintada, a fin de observar aquella zona de la ciudad que estaban atravesando.

—¿Creés que hago bien? —preguntó de pronto con el gesto evadido.

—¿A qué te refieres?

—A enfrentarme a la retirada de esta manera.

—¿Y por qué iba a creer que no haces bien? Siempre te has enfrentado directamente a tus miedos, en eso eres más cabezota que yo. —Dani apoyó la barbilla en la cabeza de Mateo, también con la mirada perdida en lo que había más allá de los cristales—. Como jugadores, todos le tenemos pavor al momento de decirle adiós al fútbol en activo. Supongo que cada uno lo hace lo mejor que puede, así que si esa es la tuya, adelante.

Tras unos instantes de silencio únicamente roto por el ronroneo del motor del Mercedes Benz, Alejo los llamó desde el asiento del copiloto:

—¿Tienen claro el *planning*?

—¿No nos podemos fugar al hotel en cuanto acabe la ceremonia? —suspiró Mateo.

—Tras la entrega, habrá un pase de prensa con los premiados, luego un cóctel...

—Qué pereza... —rezongó Dani también, pues aunque era el primero en cumplir con el deber, siempre había dicho que lo suyo era jugar al fútbol, no tener que lidiar con todo lo demás que ocurriese fuera del vestuario y el césped.

—... y tras los ineludibles compromisos sociales —prosiguió Alejo, haciendo como que no había escuchado las protestas—, entonces sí se podrán marchar.

—Dale, flaco, pondremos nuestra mejor cara —dijo Mateo, cerrando los ojos como si fuera a echarse una breve siesta.

—Con un poco de suerte yo pasaré desapercibido —añadió Dani.

Alejo se empezó a reír ante aquella ocurrencia, y Dani, resignado, se dijo que si Mateo ganaba, los reporteros tampoco iban a dejarle precisamente a él en paz.

Haciendo de tripas corazón, en cuanto el vehículo se detuvo ambos adoptaron sus roles meramente profesionales. Intercambiaron una mirada cómplice, y nada más poner un pie sobre la alfombra roja pasaron a ser simplemente Mateo Vicovic y Daniel Hernández, dos de los futbolistas más reputados y admirados a nivel mundial.

Apostados junto a las vallas de seguridad había un nutrido grupo de espectadores que, en su mayoría, estaban ahí para ver de cerca a sus ídolos. Dedicaron unos minutos a firmar autógrafos y posar para *selfies*, pero mientras lo hacían también escucharon insultos provenientes de algún punto indeterminado entre la multitud.

Haciendo caso omiso a los improperios, se dirigieron hasta el *photocall* de prensa y posaron ante las cámaras el uno junto al otro el tiempo pactado. Cuando Alejo los avisó para que se dirigieran hacia el interior del recinto, los *flashes* volvieron a dispararse para inmortalizar cómo Dani tomaba suavemente al delantero argentino de la cintura para indicarle que tenían que dar paso al próximo asistente, empleando para ello la mano en la que llevaba puesta su alianza. El gesto, discreto aunque significativo, pareció dejar claro que si bien estaban ahí como nominado e invitado de honor respectivamente, también el uno llevaba de acompañante al otro.

No dejaron de saludar a viejos conocidos hasta que ocuparon los asientos que tenían reservados, e incluso eran muchos los que se asomaban desde las butacas colindantes para intercambiar con

ellos unas palabras. A su vez, en esa misma fila se encontraban los otros dos nominados al Balón de Oro. Mateo, con Alejo sentado a su izquierda y Dani a su derecha, correspondió al saludo de Andrea Trenti, delantero italiano que militaba en el otro equipo de primera división de Madrid, principal rival del Juventud.

—Hoy no me haces entrada, ¿verdad? —bromeó este a continuación dirigiéndose al leonés.

—Esta noche te lo perdono —se la devolvió Dani, pues habían tenido sus más y sus menos sobre los terrenos de juego.

—Suerte, Vico —le deseó a su contrincante.

—Igualmente —replicó Mateo con una sonrisa.

En cuanto al tercer nominado, el delantero portugués Luis Renaldo, se limitó a saludar con un gesto distante, pues su rivalidad con Mateo, a quien temporada tras temporada trataba de superar en cuanto a tantos marcados en la Premier, era de sobra conocida.

—¿Siempre es así de simpático? —le preguntó Dani a Mateo por lo bajo mientras se sumaban al aplauso colectivo con el que arrancó el acto.

Este esbozó una sonrisa irónica como respuesta.

Una vez dio comienzo la ceremonia, numerosas personalidades del fútbol profesional subieron al estrado para presentar los premios que iban a fallarse, como el premio al mejor futbolista menor de veintiún años o al mejor portero. Los ganadores en las diversas categorías acudieron a recoger su trofeo, y cuando llevaban cerca de hora y media en aquel ir y venir de personalidades deportivas, llegó el momento de que se anunciara quién iba a llevarse el galardón que suponía el mayor premio a nivel individual que podía recibir un futbolista.

—*Es un honor para mí presentar hoy este galardón* —dijo al micrófono el centrocampista Elias Gütten, capitán de la selección alemana—. *Como cada año, ciento setenta y seis periodistas especializados han emitido su voto para elegir al que consideran que fue el mejor futbolista del mundo la pasada temporada, y entre los treinta nominados iniciales, estos son los tres finalistas.*

En la pantalla que había a sus espaldas se proyectó un pequeño vídeo que resumía los méritos de cada uno de los candidatos. Cuando se hubo proyectado el último, el auditorio se sumió en un

silencio expectante que Gütten llenó tomando el sobre que contenía el nombre del ganador para, tras abrirlo, pronunciar por megafonía:

—*Y el ganador es... ¡Mateo Vicovic!*

Las cámaras de televisión que estaban retransmitiendo en directo la ceremonia fueron testigo de cómo, nada más oírlo, Alejo había dado un bote en su asiento para acto seguido estrujar a Mateo con todas sus fuerzas. Este se dispuso a incorporarse para subir al escenario en medio de una lluvia de aplausos, no sin antes depositar un beso en los labios de quien ocupaba la butaca de su derecha.

El delantero argentino, ya sobre el escenario, estrechó la mano de quien había presentado aquel premio, y tras tomar el galardón se dirigió al podio en el que estaba el micrófono. Sin poderlo evitar, Mateo se quedó mirando el trofeo mientras lo sostenía, y se le escapó en su lengua materna:

—Che, pues lo recordaba más pesado...

Su suave risa por el lapsus se contagió entre aquellos de los presentes que hablaban español, un porcentaje nada despreciable entre los que eran de origen castellano o latinoamericano, sumado a los que jugaban en la liga española.

Una vez pasado el momento, Mateo inició el discurso, esta vez sí, en inglés, valiéndose del pulido acento que se había ido labrando durante el tiempo que llevaba residiendo en territorio británico:

—*Antes que nada, quisiera darle las gracias a mis compañeros tanto del Westhound como de la selección argentina, a todo el staff técnico, preparadores y profesionales en general que velan por nosotros, pues mis logros individuales no habrían sido posibles sin los colectivos, porque el fútbol es, ante todo, un deporte de equipo, y eso nunca va a cambiar, pero sí que hay algo en lo que lo ha hecho.*

—Tras sacar el guion que llevaba escrito, Mateo respiró hondo y, mirando a la masa conformada por los asistentes, prosiguió, leyendo en tono tan contundente como apasionado el discurso—: *Si bien durante los últimos tres años el número de futbolistas profesionales que se han declarado públicamente LGTB+ ha sido anecdótico, cientos de jugadores y jugadoras amateur han dicho que ya basta, que están cansados de guardar silencio, y piden algo tan simple como poder seguir dedicándose en cuerpo y alma a este deporte sin*



*tener que dejar de ser ellos mismos. Es ahí, en la cantera, donde está el futuro. A ellos, así como a las personas que siempre están a mi lado, quiero dedicarles este premio —dijo mirando hacia donde estaban Dani y Alejo, para volver a fijar la atención en el público—, pero también, y especialmente, a todos los que han tratado de hacerme la vida imposible desde que, como buena parte de ustedes ya saben, decidí hacer pública mi orientación sexual.*

El auditorio enmudeció, y sabiendo que era su momento, fue a por él.

*—Gracias, porque vuestros ataques me han hecho querer esforzarme y ser más fuerte como futbolista y como persona, y tener claras cuáles son mis metas a medio y largo plazo. Así que este premio va por vosotros, porque habéis contribuido a que pueda ponerle el broche de oro a mi carrera ahora que está llegando a su fin. Que os quede claro que seguiré peleando por erradicar la pederastia y defender los derechos LGTB+ en el mundo del deporte y en cuantos ámbitos me sea posible, para que las siguientes generaciones de futbolistas puedan hacernos soñar en los estadios sin estar sometidas a las mismas presiones sociales que la actual y las que nos precedieron. —Tras una última pausa, tomó el trofeo y, acercándose al micrófono, dijo antes de abandonar el estrado—: Buenas noches.*

Los asistentes se volcaron en un nuevo aplauso, pero eran muchos los rostros que mostraban confusión. Alejo se arrimó hacia Dani, y sin dejar de aplaudir, como si la cosa no fuera con él, murmuró:

—La madre que lo parió... ¿No es eso lo que vos siempre decís?

—La madre que lo parió, sí. ¿Pero no habías escrito tú también el discurso?

—Una cosa es la teoría, y otra verlo puesto en práctica...

También sin dejar de aplaudir, Dani afirmó:

—Menuda se va a armar.

El capitán del Juventud no se equivocó, pues no mucho después, cuando Mateo posaba en el *photocall* de la zona de prensa sosteniendo su premio, los periodistas se agolpaban para tratar de sonsacarle más datos.

—Vico, *enhorabuena* —dijo el corresponsal del diario británico *The Sports*—. *¿Qué has querido decir exactamente con lo de que tu carrera está llegando a su fin?*

—*¿No vas a renovar dos temporadas más con el Westhound, como pone la cláusula preferente de tu contrato?* —se abalanzó otro corresponsal radiofónico.

Mateo, sin perder la sonrisa, se fue por la tangente:

—*Mañana se hará llegar a todos los medios un comunicado oficial con más detalles.*

—*¿A quiénes en concreto has dedicado el Balón de Oro?* —trató de sonsacarle otro.

Y mientras veía a lo lejos cómo el premiado delantero se las ingeniaba para contener a la marabunta de periodistas que le rodeaba y Alejo no dejaba de atender llamadas y consultar las redes sociales, las cuales llevaban un buen rato ardiendo tras haberse convertido el discurso en *trending topic*, Dani se armó de paciencia cuando un reportero del diario *Marcador* al que conocía, pues que recordase llevaba cubriendo la actualidad del Juventud desde que debutó en primera división, se dirigió hacia él.

—Hola, Dani.

—Hola, Nando —lo saludó por su nombre, aunque sin prodigar más muestras de acercamiento.

—*¿Le darás la enhorabuena a Vico de nuestra parte? Me temo que hoy va a ser complicado.*

—Dada será —replicó el capitán del Juventud, quien por un segundo pensó que el periodista en verdad quería, simplemente, pecar de confianza para hacer llegar sus buenos deseos.

Pero no. Tal y como se olía, tras haber roto el hielo este fue a por todas:

—*¿Entonces, con ese discurso al recoger su segundo Balón de Oro, ha confirmado los rumores de que se retira a final de temporada?*

El leonés frunció el ceño.

—*¿Qué rumores?*

—Se lleva tiempo especulando, al no haber llegado todavía a un acuerdo de negociación con su club.

Dani, al olerse que en verdad se estaba tirando un farol para ver si soltaba la lengua, desvió la conversación:

—¿Y por qué me preguntas a mí? Sabes perfectamente que no juego en el Westhound.

El hombre se encogió de hombros.

—Lo normal es que uno esté al tanto de los planes de su pareja, ¿no? —dijo, tratando de mostrar naturalidad.

Dani alzó una ceja, como recriminándole sin palabras que estuviera jugando precisamente esa carta. Pese a todo, no le culpó, ya que lo que planteaba era lógico y más que evidente.

—Mañana se os enviará a los medios un comunicado oficial con toda la información —replicó, cordial aunque seco.

El veterano periodista ahogó una carcajada irónica.

—Tenía que intentarlo, compréndeme —dijo, como exculpándose.

—Lo sé, pero a estas alturas deberías saber que precisamente de mí mucho no ibas a conseguir.

El hombre sonrió y le tendió la mano; Dani se la estrechó en un gesto de concordia.

—Nos veremos en Múnich el miércoles.

—Hasta entonces —se despidió el futbolista.

Aquel comentario hizo que Dani, tras el paréntesis que habían supuesto las últimas horas, recordase su intrincada agenda: tenía que regresar en el vuelo de las ocho de la mañana a Madrid, de Barajas iría directamente a la ciudad deportiva para entrenar y de vuelta al aeropuerto, pues jugaban como visitantes frente al Bayern en Champions y harían la noche previa al encuentro en tierras alemanas.

Atendió a unos cuantos periodistas más, contestó alguna que otra llamada telefónica y esperó pacientemente con Alejo a que Mateo hubiese terminado. Una vez hubieron accedido a una sala contigua para el cóctel, se permitió el lujo de aceptar la copa de champán que uno de los camareros le ofreció.

—¿Vos, tomando entre días de competición? —se mofó Mateo, también con una copa en su mano.

—La ocasión lo requiere —replicó mientras las hacía chocar en un brindis.

—Quizás quedará bien si lo ponemos junto al otro en el baño, ¿viste? —se rio Mateo en referencia al premio—. ¿No es lo que hacen los actores con los Oscars?

Dani esbozó una sonrisa condescendiente en lugar de seguirle el juego, aunque no se le pasó por alto el que hubiese hablado en plural.

Pasaron cerca de cuarenta minutos en la celebración entre canapés, más rostros conocidos e intervenciones de Alejo, pero cuando quedaba poco para que diera la medianoche, este último les pasó los brazos por los hombros y anunció:

—La carroza los está esperando fuera, Cenicientas —dijo, en alusión a la hora—. No se tarden o de camino al hotel se convertirá en calabaza.

—Gracias, flaco. ¿Vos te quedarás?

—Solo un poco más. ¿Nos vemos a la mañana en el desayuno?

—A las seis, sí —confirmó Dani.

—*Descansen* —ironizó el *manager*.

Tras despedirse se dirigieron hacia la salida del recinto. Una ráfaga de aire helado los recibió una vez estuvieron a la intemperie, y estaban avanzando hacia el vehículo cuando se percataron de que tras las vallas el número de detractores se habían incrementado. Más insultos e increpaciones, tanto en forma de abucheos como de pancartas, además de varios medios de comunicación grabando, como si estuviesen apostados ahí de forma intencionada para dejar constancia del suceso.

Mateo tomó a Dani de la mano, y tras sentir que este correspondía siguió hacia el vehículo como si nada estuviese ocurriendo. Aunque le hubiera gustado tener el mismo temple que él, al capitán del Juventud le resultó imposible no girar el rostro hacia los manifestantes cuando estaba ya adentrándose en el vehículo y dirigirles una dura mirada reprobatoria.

Hubo un tiempo en el que creyó que llegaría a acostumbrarse a semejante trato por parte de un sector de la población, pero mientras hacía un esfuerzo por desconectar y dejar atrás su rol de figura pública, Dani se dijo que quizás lo mejor era eso: nunca llegar a habituarse; que cada experiencia amarga le sirviera para recordarse por qué él y Mateo debían seguir haciendo exactamente

lo mismo que esa noche, aunque para algunos supusiera una provocación. Solo así, quizás algún día la aceptación de lo diverso realmente calara hondo en el conjunto de la sociedad.

Suspiró con hartazgo y se centró en aprovechar al máximo lo que quedase de madrugada.

—La verdad es que es precioso —afirmó tras observar de cerca el Balón de Oro.

—No tanto como la Copa del Mundo, pero sí.

—Ya habló el elitista que los puede comparar.

El argentino sonrió y se recostó en el asiento, apoyando de nuevo la cabeza en el hombro de Dani. De pronto le sobrevino la nostalgia.

—Cuando era pibe nunca creí que pudiera conseguir algo así.

—Y sin embargo, lo has hecho.

—¿Vos creés que tuve una buena carrera?

—¿Por qué hablas en pasado? Aún tienes muchos partidos por delante y tres títulos a los que optar con el Westhound.

Mateo dejó la mirada perdida en la nada. Era cierto, apenas se encontraban a principios de enero, y los meses que quedaban hasta mayo prometían ser de todo menos aburridos entre los compromisos meramente deportivos, el activismo y la planificación de su nueva vida.

—Tú céntrate en la competición, lo demás lo iremos viendo en los huecos que tengamos libres. —Con un deje irónico en la voz, Dani añadió—: Ahora sabrás lo que siento cuando tengo que hacer malabares para estudiar.

El trayecto de vuelta al hotel se produjo sin sobresaltos, y una vez en la habitación el capitán del Juventud hizo una propuesta que, esperó, fuera propicia para tocar el asunto que a su juicio debían tratar sin demora:

—¿Te parece si lleno la bañera?

Mateo asintió mientras terminaba de colgar el traje que usaría por la mañana en el desplazamiento a Londres. Una vez estuvieron ambos sumergidos en el agua caliente, ocupando cada uno un extremo de la tina, se entregó al relax:

—¿No nos podemos quedar por siempre acá? —insinuó mientras se ataba sin demasiado afán el pelo para no mojárselo.

—¿Hasta que nos salgan branquias? —se la devolvió Dani; el tatuaje que llevaba en la cara interna del brazo quedó expuesto cuando lo acomodó tras la cabeza.

Mateo se quedó observando el intrincado dibujo que le vestía la piel para acto seguido desviar la mirada hacia la encimera del lavamanos, en donde había dejado a propósito el Balón de Oro.

—¿Viste? Te dije que quedaría bien —bromeó, en referencia a la ubicación del trofeo.

Ya que le había vuelto a tirar la indirecta, Dani sacó el tema sin más preámbulos:

—Oye, le he estado dando un par de vueltas a lo que dijiste antes. A lo de vivir juntos, quiero decir.

—Ajá... —replicó Mateo dejando que la espalda se le deslizase un poco más por el respaldo de la bañera, de forma que el agua le cubrió hasta las clavículas.

—Que vayas a colgar las botas y a establecerte en Madrid es un paso muy importante para ti. Lo cierto es que... —De pronto paró al sentir que los hábiles pies del argentino estaban rozándole en ciertas áreas de su anatomía.

—¿Ajá? —lo alentó este a seguir.

Dani, haciendo como que debajo del agua no estaba ocurriendo nada, retomó el discurso:

—... llevo viviendo en el mismo sitio desde que me convertí en jugador profesional. Es como si lo hubiese asociado a una etapa de mi vida, y... ¡Joder, Mateo, que estoy hablando en serio!

Él detuvo las caricias, aunque sin perder la sonrisa traviesa.

Dani respiró hondo reuniendo paciencia, pues ya tenía la erección más que formada.

—Lo que intento decirte es que quiero que sea una etapa nueva no solo para ti, sino también para mí. Para los dos, vaya. Así que... ¿te parece bien si nos compramos una casa?

Antes de darle su afirmación con palabras, Mateo reanudó los quehaceres subacuáticos.

—¿Una que podamos elegir juntos?

—Exacto.

—¿Y donde exhibir nuestros trofeos...? —preguntó mientras le masajeaba el glande.

—Pero no en el baño, que es una horterada... —replicó Dani, ya a punto de mandar al cuerno el autocontrol.

—Me parece una idea maravillosa...

—¿Sabes lo que me hubiera parecido a mí una idea maravillosa? Que en vez del Balón de Oro, hubieras traído hasta aquí el lubricante.

Mateo se rio.

—¿Cuál lubricante? ¿El que deberías tener vos en el equipaje?

Dani puso los ojos en blanco en un gesto de exasperación.

—Mierda... No me digas que he vuelto a olvidar que me tocaba a mí...

—Me temo que sí, pero por suerte soy precavido y traje.

—Pues menos mal... ¿Salimos ya?

—¿Por qué tanta prisa? —Mateo se puso de rodillas sobre el suelo de la bañera y avanzó hasta sentarse a horcajadas sobre el regazo de Dani—. Me apetece seguir jugando un poco más con vos...

Dani le pasó una mano por detrás de la nuca, despejada ahora que llevaba el largo cabello recogido, y le atrajo hacia sí para buscar sus labios. Dejaron que el deseo acumulado durante las semanas que habían estado sin verse se transformara en una sinfonía de besos a ratos suaves y volubles, a otros profundos, impetuosos. Las lenguas enroscadas, los dedos que se perdían entre la piel visible y aquella que, oculta bajo el agua, seguía clamando atenciones.

Mateo elevó el mentón hacia lo alto con los ojos cerrados, suspirando a cada nuevo beso y mordisco que Dani iba depositando en su esbelto cuello.

—Miralo por el lado positivo... —dijo con la voz entrecortada por la excitación—. Cuando vivamos juntos, se acabó el problema de quién trajo o no trajo qué.

—Por lo pronto, habrá que elegir una cama grande... —se la devolvió Dani entre más besos.

—¿Tanto la vamos a usar?

—Sí, pero no seas malpensado, que lo digo también porque te mueves un montón mientras duermes...

Mateo ahogó la risa.

—Anda, salgamos ya. Pero primer a secarse, o lo pondremos todo perdido...

—Vos siempre tan cauteloso, mi capitán... —consintió mientras atrapaba el miembro que con descaro se le ofrecía.

Se incorporaron, y tras salir de la bañera atinaron a retirarse la humedad sin demasiado ahínco. Mateo se subió de un salto a las caderas de Dani, quien sujetándolo bien, y no sin antes atrapar su boca para cubrirla de más besos, avanzó a ciegas cargando con su peso hasta que se dejaron caer en el lecho.

—¿Recordás que te conté lo mal que lo pasé acá? —preguntó Mateo mientras erguía el torso, sentado a horcajadas sobre él.

—¿Tienes que sacar el temita precisamente ahora? —se quejó Dani, a quien tampoco le hacía especial ilusión recordar aquella noche en que no vio otra alternativa que la ruptura.

El argentino abandonó momentáneamente la cama para rebuscar en su neceser.

—Sí, lo tengo que sacar ahora —respondió de pie, mostrándole el tubo de lubricante—, porque justo acá me pienso quitar ese recuerdo.

Dani se incorporó también, lo justo y necesario para sentarse en el borde del colchón.

—¿Esto será de ayuda...? —insinuó mientras empezaba a recorrer con la punta de la lengua la erección que ante él se exhibía.

Mateo jadeó, y tras tirar el lubricante sobre la colcha le atrajo aún más hacia sí para hundirse en su boca.

—Creo... que empiezo a olvidar... —dijo mientras le dejaba hacer.

Cuando sintió que se acercaba al momento que desembocaría irremediablemente en el orgasmo, le hizo parar. De un suave empujón por los hombros hizo que Dani volviera a quedar tumbado boca arriba, y esta vez fue él quien le hizo perder el sentido al retomar, solo que valiéndose de lengua y labios, lo que empezase con los pies bajo el agua.

Cuando el defensa vio que Mateo se hacía con el lubricante simplemente se centró en disfrutar del momento, en el sinfín de sensaciones que con él experimentaba y que tanto había anhelado en la distancia.



Una vez le hubo dilatado, Mateo se sentó en el centro de la cama y le hizo hacer lo propio pero enredándose en su cuerpo; las pelvis confrontadas, las piernas de Dani rodeándole. El delantero empezó a penetrarle lentamente, incrementando la presión hasta que estuvo por completo dentro de él. Dani gimió y se sujetó a su espalda mientras le acompañaba en la cadencia de los movimientos.

Mateo tomó un poco más del gel y tras embadurnarse los dedos empezó a estimularle mientras intensificaba el ritmo.

—Nunca me lo había montado... con un biganador del Balón de Oro... —acertó a bromear Dani.

—¿No sos vos... el que siempre decís que hablo demasiado en la cama...?

—Encima... que intentaba ser espontáneo...

Siguieron besándose, desviviéndose por esos instantes en los que no había nada más en el universo que el uno para el otro. Cuando sintió que no aguantaba más, Dani le avisó aferrándose con fuerza a su espalda mientras ahogaba un gemido contra su boca. Mateo, al notar la calidez del orgasmo que se derramaba entre sus dedos, de un par de empujones no tardó en seguirle hundiéndose aun más en su cuerpo.

Mientras recuperaban el aliento, se miraron a los ojos con las frentes unidas.

—Y así fue como uno de los lugares que más odiaba del mundo se convirtió en el escenario de la noche perfecta —afirmó Mateo con voz suave, los labios curvados en una sentida sonrisa.

—Lo creas o no, me alivia que haya sido así —replicó Dani—. Era una espina que yo también necesitaba arrancarme.

—Gracias por estar hoy conmigo acá, mi amor...

—No me las des, idiota.

Volvieron a besarse. Y así, aún formando una maraña sin principio ni final, compartieron los últimos momentos antes de que el cansancio por un lado, el deber por otro, los llevase a dormir unas pocas horas antes de tener que partir cada uno por su lado. Solo que en esa ocasión se separarían con la certeza de que cada vez quedaba menos para no tener que volver a hacerlo.

\*\*\*

Como siempre que competían a nivel europeo fuera de casa, los integrantes del Juventud se encontraban pasando las horas libres en el hotel de concentración. Tras haber dedicado la tarde a la charla técnica en la que Stuard repasó las estrategias a seguir mediante vídeos y esquemas tácticos, los jugadores mataban los ratos de esparcimiento marchando algunos directamente a sus habitaciones, otros a las zonas comunes. Tal era el caso de los miembros de la cuadrilla de la muerte que seguían en activo.

—¿Y cuándo dices que empieza la rueda de prensa? —se interesó Joan.

—Supuestamente en diez minutos —respondió Sergio, quien se había bajado a la sala donde se encontraban su portátil y ya había accedido a la web de la cadena de televisión británica especializada en deportes que iba a retransmitirla.

El delantero catalán resopló.

—Anda que la ha liado el rubiales, ¿eh? —Joan, vistiendo al igual que los demás el chándal oficial del equipo, se dirigió a Dani—: ¿Por qué no le paraste los pies antes de la ceremonia?

—¿Y por qué iba a hacerlo? —contestó este—. Fue una decisión personal y avisó antes a su club.

—Sí, pero mira cómo enseguida aprovechó el discurso para soltar pullas —insistió Joan.

—Olé sus huevos —afirmó Sergio.

—Ya salió el *cuñao* a defenderlo —volvió a incidir el delantero—. ¿Es que soy el único que piensa que se está metiendo en terreno peligroso con esas provocaciones?

—Y lo que le queda, Joan —replicó Dani—. En cuanto cuelgue las botas seguirá dando por culo desde los despachos y cada vez que tenga la oportunidad de dirigirse a la opinión pública.

—Hombre, una cosa es cierta: en cuanto se haya mudado de nuevo a Madrid, dar por culo a menudo sí que lo va a hacer —se rio Sergio.

Dani elevó una ceja al saberse indirectamente mentado, pero lo dejó estar.

—A mí lo que me sigue costando asimilar es que vaya a retirarse tan pronto —suspiró este último.

—Cómo se nota que no juegas arriba, *collons* —protestó Joan—. Los defensas hacéis trabajo de resistencia, pero nosotros nos machacamos antes con tanta explosión de velocidad. En ese sentido sí que entiendo a Mateo, debe de estar bastante quemado.

—Hablas como si tú también fueras a retirarte —insinuó Dani.

Joan tragó saliva. Llevaba tiempo rumiándolo, y a la vista de los últimos acontecimientos decidió compartirlo con ellos:

—Pues mira, mi contrato con el Juventud se acaba pronto...

—El año que viene —no tardó en corroborar Dani, que se sabía de memoria los plazos contractuales de buena parte de la plantilla.

—Qué quieres que te diga... A no ser que cambie de opinión, creo que para mí la próxima temporada será la última. —Con fastidio, Joan añadió—: Yo también noto que por mucho que fuerce, mi físico ya no es el de antes... Aceptémoslo, caballeros: ya no somos unos chavales.

Dani se lo quedó mirando con los ojos bien abiertos, sin dar crédito, y Sergio simplemente dirigió la palma de su mano derecha hacia el catalán, extendida y bien alta.

—Choca esos cinco, compañero de retirada.

—¿¡Cómo dices!?

—Lo que oyes, *capi*... Que yo también cuelgo las botas al final de la temporada que viene. Paso de renovar.

El sonido de la mano de Joan chocando con la de Sergio rompió el silencio en el que los tres habían quedado sumidos.

—No me puedo creer que vayáis a dejarme más solo que la una —dijo el leonés entre el asombro y la indignación.

—Por favor, Dani... —se mofó Joan—. Pero si antes de que debutásemos en primera todos ya dábamos por hecho que tú serías el último en retirarte...

—Siempre has sido «Pepito Grillo el viejoven» —se sumó Sergio a la mofa.

—Esa ha sido buena —le rio Joan la gracia.

Dani negó lentamente con la cabeza, resignado. Como responsable del vestuario consideraba que aquellas dos bajas serían una gran pérdida para el equipo, pero como amigos suyos que eran ahí estaría el primero para apoyarlos en esa nueva aventura personal a la que se estaban dirigiendo.

—Lo de Joan lo entiendo, ¿pero tú? —le preguntó a Sergio—. Y no me digas que también estás quemado, porque no me lo creo.

—Yo estoy como un toro, *capi*, mi motivo es otro bien distinto, pero aún no os lo puedo contar... —Tras hacer un mohín y consultar la hora en una esquina del ordenador, se encogió de hombros—. Bueno, venga, va. Total, tarde o temprano os ibais a enterar...

—No te andes por las ramas —lo apremió Dani.

—Vale, vale. —Tras una pausa que pretendía generar expectación, Sergio, luciendo la mejor de sus sonrisas, los puso al corriente—: Pues resulta que me retiraré la temporada que viene porque me voy a marcar un Pon. Es decir, para dedicarle más tiempo a la familia... Tina está embarazada.

Joan y Dani se quedaron sin habla. Fue el primero el que, incapaz de morderse la lengua, soltó lo que estaba pensando:

—Eres un kamikaze, macho... ¿Tú eres consciente de las posibilidades que hay de que tenga más de un crío, con sus antecedentes?

—De hecho, esta misma mañana nos confirmaron que hay dos latidos... Va a ser la hostia.

Dani se llevó la mano a la frente, tratando de asimilarlo.

—¿Mateo ya lo sabe? —le preguntó.

—Por el mensaje que me mandó antes, deduzco que sí —respondió sin perder la sonrisa—. No he hablado aún con él, que entre dejar a Tina en casa tras la revisión, ir a entrenar a toda leche y luego venir hasta Alemania con vosotros, pues...

La cabeza del capitán del Juventud trabajaba sin descanso. Lo mirara por donde lo mirase, que Sergio y Valentina fueran a ser de nuevo padres iba a repercutirles a ellos dos también.

—Me parece que Marina se va a quedar a dormir a menudo en casa del tío Mati y el tío Dani —dejó caer Sergio.

—Joder, aún ni nos hemos ido a vivir juntos y ya nos estás usando de canguros —protestó.

Al oír aquello la expresión de Joan varió, y una sombra plomiza pareció apagar el brillo de sus hermosos ojos verdes. Pese a que los tres aparcaron por el momento la conversación al ver que la comparencia de Mateo desde la sala de prensa del Westhound iba a

comenzar, Dani reparó en aquel cambio súbito en el humor del delantero.

—*Hola, buenas noches a todos y gracias por haber venido pese al poco margen desde que se emitió la nota de prensa* —dijo Mateo desde Londres dirigiéndose a los periodistas que abarrotaban la sala.

—¿Qué ha dicho? —les preguntó Sergio, pues el inglés no era su fuerte.

—Pero si no ha hecho más que empezar —lo reprendió Joan.

—Calla, luego te lo resumimos —pidió Dani haciendo un gesto con la mano para que guardara silencio.

Varios integrantes del Juventud que también estaban en la sala se les acercaron, posicionándose detrás de Dani.

—¿Ya está hablando Vico? —quiso saber uno de ellos.

—*Shhh...* —los mandó a callar de nuevo el capitán.

Desde Londres, Mateo repasó de un vistazo el texto que con Alejo preparase y se dispuso a leerlo, depositando la mirada alternativamente en el papel y en los periodistas:

—*Quería darle primeramente las gracias a la directiva del Westhound no solo por su apoyo desde el momento en que se les comunicó mi decisión de retirarme a final de esta temporada, sino también por haberme dado la oportunidad de formar parte de este club.*

—Mirko, ¿tú entiendes algo? —le cuchicheó Sergio al centrocampista serbio que se les había unido.

Dani volvió a chistar para que guardase silencio poco antes de que Mateo retomase el discurso:

—*Llevo jugando al fútbol desde que tengo memoria, y en cada uno de los equipos por los que he pasado he tratado de dar lo mejor de mí, desde mis inicios en las calles de Buenos Aires hasta los primeros pasos como profesional en Argentina, en donde me consolidé como futbolista, luego el salto a Europa gracias al Juventud y esta etapa final en el Westhound. Pertener a este equipo es un honor para mí, no se me ocurre un lugar mejor en el que despedirme de la competición. Mi historial de lesiones me ha llevado a querer colgar las botas antes de lo que muchos esperaban, pero aunque cuente en la actualidad con estas*

*limitaciones físicas espero estar a la altura de las expectativas hasta el último minuto que pase sobre el césped. —Mateo le dio la vuelta a la nota, y sin perder la compostura, siguió—: Quiero agradecer el apoyo de mis compañeros y equipo técnico, pero a la vez quisiera pedirles perdón, puesto que la inmensa mayoría de ellos se enteraron de mi decisión al igual que lo hicieron todos los medios de comunicación y espectadores de la gala de entrega del Balón de Oro: a través de la televisión, la prensa o las redes sociales. Espero que acepten mis disculpas, pero en ese momento consideré que tenía motivos de peso para hacerlo público, y no me arrepiento de ello. Sé que se está diciendo y escribiendo mucho sobre mí, pero hay algo que me gustaría que nadie pusiera en duda: yo amo el fútbol. El fútbol es mi vida y...*

Aunque trató de impedirlo, Mateo no pudo evitar emocionarse; las cámaras mostraron sus ojos vidriosos cuando, con la voz rota, finalizó el comunicado:

*—... tomar esta decisión no ha sido nada fácil. Pero cuando me haya retirado, el fútbol seguirá siendo mi vida, solo que lo abordaré desde una perspectiva distinta. —Luchando contra el nudo que se le había formado en la garganta, se despidió—: Gracias a todos.*

Los integrantes del Juventud que habían presenciado la rueda de prensa guardaron silencio mientras en la pantalla los periodistas empezaban a aplaudir, gesto que Mateo les devolvió poco antes de abandonar la sala.

—¿Y el resumen? —inquirió Sergio.

—Que retirarse es una mierda por muy planeado que lo tengas —sentenció Joan.

—Si no os importa, me marchó ya —anunció Dani—. Quiero hablar con él.

Los otros compañeros que habían atendido a la rueda de prensa se despidieron dándole una palmada en el hombro en señal de apoyo, y Joan, que aquella temporada era su compañero de habitación durante los desplazamientos, se incorporó al tiempo que indicaba:

—Voy contigo.

—Pues nada, llamaré a la parienta, que ella sí que lo habrá captado todo —dijo Sergio, resignado, ya que no le entusiasmaba

que fuesen a marcharse tan temprano.

Poco después, una vez en la doble que les tocaba compartir, Dani se puso a caminar por la habitación armado con el móvil mientras Joan, al tiempo que se iba desnudando para enfundarse el pijama, escuchaba a medias la conversación:

—Hola... ¿Cómo estás? Sí, claro que lo hemos visto.

El catalán le hizo un gesto, preguntándole sin palabras si prefería que se marchase al balcón para darle intimidad, pero Dani le indicó por medio de otro que no era necesario.

—Lo has hecho bien, de verdad... —Hizo una pausa—. Mateo, no te mortifiques. Llevas toda tu vida dedicándote a esto, el que no quiera comprender lo duro que ha sido para ti se lo puede hacer mirar... —Otra pausa—. ¿Por aquí? Bien, bien. Joan y yo ya nos hemos venido a la habitación, que mañana entrenamos a primera hora y luego a ver si conseguimos darle la vuelta a la eliminatoria.

Joan se quitó los pequeños brillantes que llevaba en los lóbulos de las orejas. Tras dejarlos sobre la mesa de noche que separaba ambas camas, se tendió en la que había elegido y suspiró, mirando al techo. Desde que se atreviera a decir en voz alta que estaba sopesando la retirada, en lugar de sentir alivio se notaba el pecho cargado de una extraña angustia. Sin embargo, no era el momento de centrarse en lo que a él mismo correspondía, sino en ser, una vez más, la válvula de escape de Dani; no necesitaba sino observar su lenguaje corporal para saber lo impotente que este se sentía por no poder hacer más por Mateo en aquellos momentos.

—Sí, ya me he enterado de lo de Tina y Sergio... ¿Yo? Pues claro que me alegro, cómo no me voy a alegrar... —Otra pausa—. No, ya, si en cuanto Sergio nos lo ha soltado deduje que tú ya lo sospechabas y que algo habría tenido que ver con que te quieras volver tan pronto a Madrid...

Joan lo vio apoyarse en el armario. Desde donde estaba observó cómo Dani escuchaba con atención lo que Mateo le decía al otro lado de la línea, y cómo sus labios se curvaban en una sonrisa. Esas que solo el argentino era capaz de dibujarle.

—¿Por qué no apuntamos cada uno lo que nos gustaría que tuviese, y pasado mañana nos conectamos por la *webcam* para ponerlo en común? Vale, pues lo vamos hablando. Gracias, suerte a

vosotros también. —Tras una última pausa, lo oyó despedirse con voz suave—: Y yo a ti. Buenas noches.

Dani dejó el móvil sobre la mesita. Una vez se hubo cambiado él también de ropa, imitó a Joan tumbándose en el lecho que le correspondía mirando hacia lo alto. De buenas a primeras, todas las emociones acumuladas durante las últimas veinticuatro horas le pesaron como una losa.

—Estoy mentalmente agotado... —murmuró.

—¿Y Mateo?

—Embajonado, pero a la vez tranquilo. Lo importante es que se ha quitado la rueda de prensa de encima.

Tras unos segundos en los que ambos guardaron silencio, Dani se giró en su cama para encararle.

—Joan, ¿te ocurre algo? Te noto raro.

Él negó de un cabeceo.

—Nada. Solo estoy cansado.

—¿Seguro?

El catalán hizo un esfuerzo por volver a mentirle.

—¿Entonces os vais a vivir juntos? —le preguntó, desviando el foco de la conversación de sí mismo.

Dani asintió.

—Aún tenemos mucho que hablar, pero a los dos nos parece que es el momento adecuado. —Sin dejar que se saliese con la suya tan fácilmente, volvió a dejar la pelota en su tejado—: Por cierto..., no me has contado qué tal te fue el otro día con Óscar.

—¿Y desde cuándo te interesan los detalles sobre a quién me tiro o me dejo de tirar?

Dani continuó la conversación ignorando aquella réplica a la defensiva:

—Es que me ha llamado la atención que hayáis vuelto a quedar cuando me habías dicho que solo fue un rollo de una noche...

Ahí su amigo no tuvo más remedio que darle la razón:

—Es simpático y folla bien —se justificó.

—¿Y vas a seguir viéndote con él?

Joan se hizo esa misma cuestión para sus adentros.

—La verdad es que no me apetece tener algo serio con nadie —dijo, sincero—. Si volvemos a quedar y resulta que estamos en la



misma sintonía..., quién sabe, igual podría acabar saliendo con él.

—A mí es que lo de salir con alguien sin querer tener algo serio, como que no me termina de entrar en la cabeza...

—Me temo que a estas alturas, Daniel, la única ventaja que le veo a echarme novio sería ahorrarme el coñazo de tener que ligar para pillar cacho...

—¿Ligar? ¿Pero no le conociste en un cuarto oscuro? —se extrañó.

—¿En cuántos cuartos oscuros has estado hasta la fecha?

—En ninguno.

—Dejémoslo ahí entonces... —Joan, esta vez sin sutileza alguna, cambió de tema—: Así que el rubiales y tú vais a dar el paso...

Dani dio el brazo a torcer. Lo cierto era que necesitaba hablar de ello, y quién más adecuado para hacerlo que la persona que, junto con Mateo, mejor le conocía:

—Llevo tanto tiempo deseando que llegase este momento que cuando me lo propuso anoche...

—¿Te lo propuso él? —lo interrumpió Joan.

—Sí, y para más inri no pillé la indirecta a la primera, pero bueno —suspiró Dani—. El tema es que estoy ilusionadísimo, pero a la vez... —Tratando de expresar sus sentimientos sin tapujos, lo hizo de la forma más directa que encontró—: Estoy acojonado.

Joan se lo quedó mirando, e imitando su dicción en tono de burla dijo:

—Miradme, soy Dani y tengo un problemón porque el buenorro de mi novio me ha dicho que quiere irse a vivir conmigo.

—Vete a la mierda —replicó, enfurruñado.

—Vale, vale... —Mostrándose esta vez sí comprensivo, Joan lo alentó a seguir—: ¿Y por qué estás acojonado?

—Supongo que... por si no sale bien.

El catalán guardó silencio unos segundos.

—Lo dices por lo mío con Sonia, ¿verdad? —le preguntó, mencionando a su ex.

Dani, agradeciendo que Joan conservase intacta la agudeza con la que le leía entre líneas, asintió.

—O lo de mi hermano —agregó el defensa.

—¿Álvaro lo ha dejado con Amaya? —se sorprendió.

—No, no, me refiero a la anterior. Pero sí..., supongo que lo que me tiene así es pensar que...

—... la convivencia os podría fastidiar el cuento de hadas.

El leonés asintió de un cabeceo, a lo que Joan reaccionó suspirando gravemente y levantándose de la cama para ir a sentarse junto a él.

—Mira, Dani..., si lo que quieres es que te diga que todo va a salir bien..., pues lo siento, pero no voy a hacerlo. Porque la realidad es que puede que salga bien, o puede que no. —Tras esbozar una sonrisa, agregó—: Pero vamos, como después de todo lo que os ha pasado lo acabéis dejando por una bronca doméstica del palo «otra vez te has vuelto a dejar levantada la tapa del váter», sería para reventaros a hostias a los dos.

El comentario le arrancó a su amigo otra sonrisa.

—Os queréis y tenéis un proyecto de vida en común, ¿no? Pues ya está —lo animó Joan—. El resto ya lo iréis descubriendo en el día a día.

—¿No lo tenías tú con Sonia?

—¿Sinceramente? No, éramos más de improvisar. Que conste que no me quejo, me lo pasé genial viviendo con ella, pero cuando la novedad ya no es suficiente para contrarrestar la rutina, las cosas dejan de funcionar... A veces me sorprende que aguantásemos tanto tiempo.

—¿Cuánto estuvisteis juntos? Un año y pico, ¿no?

—Año y medio, sí —corroboró Joan—. Vosotros vais para seis entre una cosa y otra, y habéis sobrevivido a unos cuantos escándalos públicos y a la distancia. Así que no me seas cenizo y piensa en positivo.

—Supongo que lo de la mudanza no será para tanto... —se dijo Dani a sí mismo.

—Y la de polvos sin contrarreloj que podréis echar —siguió Joan sacándole lados buenos a la situación.

—Calla, que cada vez se me hace más cuesta arriba...

—¿El qué, echar un polvo con él? Porque entonces sí que apaga y vámonos.

—No, joder —replicó, crispado—. Me refiero a no poder disfrutar del todo el momento porque no puedo dejar de pensar que en unas horas nos tendremos que volver a separar.

Joan, tras quedárselo mirando en silencio, le dio una sonora colleja.

—Acojonado, dice... ¡Pero si estás más enchochado que nunca! O empollado, como diría Sergio.

Dani se frotó la nuca, ahí donde había recibido el golpe.

—De verdad que no sé para qué te cuento nada... —protestó.

—Porque te sientes mejor después de haberlo hecho, ¿a que sí?

Ante aquella afirmación, el capitán del Juventud sonrió; en efecto, así era.

—Anda, hazme sitio otra vez —dijo Joan mientras regresaba a la cama de Dani llevando en las manos su *tablet*.

—¿Qué vas a hacer? —se interesó al ver el aparato.

Tras encenderla, Joan proclamó:

—Vamos a empezar a buscar el nido de los Hernández-Vicovic.

—Pero si aún no... —hizo ademán de disuadirlo.

—¿Te has mudado alguna vez en los últimos diez años? —lo detuvo Joan.

—No.

—Yo sí, tres. Así que déjame echarte un cable. —Tras abrir una aplicación de notas, Joan se dispuso a empezar a transcribir valiéndose del teclado de la pantalla—. A ver, ¿en qué zona te gustaría que estuviese?

—A las afueras.

—Ya vives a las afueras...

—Más lejos todavía —afirmó—. Pero no tanto como Puig y Cris, a ser posible.

—Zona tranquila pero bien conectada... —dijo despacio a medida que iba tecleando.

—Exacto.

—¿Ves? Por algo se empieza.

Las horas se les fueron volando entre búsquedas por internet, intercambio de impresiones y más de una discusión, pero así, sonsacándole más datos a base de hacerle preguntas, Joan

confeccionó lo que terminaría siendo la lista de lo que Dani consideraba que debía tener su hipotético nuevo hogar.

Para cuando dieron la tarea por concluida y apagaron las luces, pues a la jornada siguiente se jugaban el pasar a cuartos de final en Champions, se rindieron al sueño. El uno más tranquilo por haberle puesto nombres y etiquetas a todo lo que se cocía en su cabeza, el otro aliviado por haberle servido nuevamente de ayuda, aunque resentido consigo mismo por haberle ocultado que él también sentía miedo, solo que por motivos bien distintos.

\*\*\*

Las semanas transcurrieron veloces entre el ritmo habitual de entrenamientos y partidos, sumado todo ello, además, a sus respectivos compromisos activistas y universitarios. Asimismo, raro era el día en que no dedicaban al menos un par de horas a conectarse por videoconferencia, a fin de avanzar todo lo posible en la planificación.

Aunque cada vez que Mateo podía hacer una escapada a Madrid aprovechaban para ir a ver las viviendas que, en función de sus requisitos conjuntos, Alejo les seleccionó, no fue hasta mitad del mes de marzo que dieron al fin con lo que estaban buscando.

Era semana de competición internacional. Mateo, quien tras ganar con Argentina su segunda Copa del Mundo había anunciado que no deseaba seguir jugando con la selección, iba a disfrutar de un inusual periodo de cuatro días libres consecutivos al pararse las ligas europeas. De normal dicha circunstancia no habría servido de mucho, pero el que Dani se hubiese caído de la convocatoria de la selección española después de sufrir una rotura fibrilar en su último encuentro con el Juventud propició que el delantero no dudase a la hora de hacer las maletas.

Así que ahí estaban, en el garaje del domicilio del leonés, dispuestos a seguir avanzando juntos en su historia.

—¿Me dejarás hoy a mí al volante? —le pidió Mateo.

—Tú mismo —lo alentó al tiempo que ocupaba el puesto del copiloto.

Mateo se ajustó los espejos en aquel elegante deportivo a cuyo mando se había puesto alguna que otra vez. En cuanto ambos tuvieron abrochado el cinturón de seguridad, arrancó el motor.

—Che, cómo extrañé manejar por la derecha —afirmó ya en carretera el argentino, habituado a circular en Inglaterra por el lado contrario.

—Ya te queda menos para volver al redil —dijo, y tras tomar el móvil puso la *playlist* que solía escuchar en sus desplazamientos; a través de los altavoces empezó a sonar *Human*, de The Killers.

—Me gusta esta canción —dijo el argentino con la vista al frente.

—A mí también... —replicó él, sintiéndose extrañamente relajado pese al dolor muscular, la frustración por haberse perdido la cita con la Absoluta y, sobre todo, el acontecimiento que, si nada se torcía, iba a producirse en breve.

Dani giró el rostro para contemplarle: la suave luz matinal incidía en sus cabellos dorados, que se agitaban por el viento que se colaba por la rendija de la ventanilla; el gesto concentrado y sereno, sus ojos celestes puestos en la carretera. No supo bien por qué, pero de pronto le vino a la mente aquella tarde lejana en un punto remoto de la costa gallega, poco después de la llegada de Mateo al Juventud. Acababan de echarse un informal uno contra uno al término del entrenamiento, y en lugar de regresar al hotel de concentración fueron juntos hasta un mirador que ofrecía unas impresionantes vistas marinas. La imagen de Mateo durante aquella puesta de sol, también de perfil y con los matices de la luz incendiando su cabellera, había permanecido inalterable en su memoria, pero también en su corazón. Y es que si había algo de lo que Dani estaba absolutamente seguro, era de que fue en ese preciso instante cuando se enamoró de él.

—¿Vos no estás muy callado? —le preguntó el delantero.

—Estaba pensando en lo rápido que ha pasado el tiempo.

—Mucho, sí —corroboró él.

Tras un nuevo silencio que dedicó a escuchar la canción, Dani le hizo una pregunta que evidenciaba cuánto había meditado, además de sobre el futuro conjunto de ambos, sobre el suyo propio:

—Mateo, ¿tú me ves entrenando? —le soltó sin más, la mirada también puesta en el horizonte.

El argentino desvió durante unos instantes la atención de la carretera para observarle. Tras esbozar una sonrisa, fue sincero:

—Sí. Tanto que, en mi opinión, llegará un día en que pienses que tu trayectoria como jugador fue en verdad la preparación para tu carrera como místico.

Dani, que no se esperaba tal respuesta, se sintió abrumado.

—¿Tú crees?

—No conozco a nadie que comprenda mejor el fútbol desde todos sus ángulos que vos —replicó sin ápice de duda—. Sos analítico en el juego, pero también apasionado, y como capitán estás acostumbrado a cargar con la responsabilidad del vestuario. Así que sí, lo creo. —Volvió a mirarle a los ojos unos segundos para volver a centrarlos en la autovía—. ¿Te sacarás la licencia?

—Seguramente sí, cuando haya terminado los estudios. Ahora mismo con las asignaturas que me quedan y el proyecto final ya tengo bastante...

Mateo tamborileó sobre el volante, visiblemente animado.

—Ya imagino los titulares —dijo con aire soñador—. *Daniel Hernández, el primer entrenador de élite abiertamente gay.*

—No aceleres tanto, anda.

—Pero cómo, si no voy ni a cien —se la devolvió Mateo, en referencia a la cifra que marcaba el cuentakilómetros.

Dani rio suavemente la ocurrencia.

—Pues hala, decidido: cuando me retire, me lo curraré para llegar a entrenar algún día al Juventud. Tendré que volver a empezar de cero, pasar por las divisiones inferiores y mil movidas más, pero ¿sabes qué? Ponerme retos para cuando cuelgue las botas es lo mejor que puedo hacer, o me volveré loco. Y eso lo he aprendido de ti.

—Dale, ya podré decir que te enseñé algo más que a bailar.

—Eso sigue siendo *top secret*, ¿eh? —le recordó Dani.

—Cierto, toda una lástima... —se lamentó teatralmente Mateo—. Con lo bien que te movés.

El defensa lo dejó estar y buscó en la guantera sus gafas de sol. Por los altavoces empezó a sonar otro tema del mismo grupo, al que se había aficionado por influencia de Joan.

—¿Quieres las tuyas? Empieza a ser molesto.

—Sí, por favor.

La música siguió sonando, y cuando les quedaba poco más de seis kilómetros para llegar a destino, Dani consultó la hora.

—Me pregunto si mis padres ya habrán llegado... Conociéndolos, seguro que llevan ahí desde el amanecer.

—Qué bárbaro que vengan a ver la casa.

—Pues yo no tengo demasiado claro que pedírselo haya sido una buena idea...

—Pero boludo, ¿por qué decís eso? Encima que ellos aceptaron sin dudar... —hizo ademán de regañarle.

Dani suspiró y se dijo que Mateo llevaba razón: que sus padres no hubiesen tardado ni medio segundo en confirmarle que se desplazarían hasta Madrid cuando los llamó la noche anterior, con tal de acompañarlos en la segunda visita a la vivienda por la que se habían decantado, era algo que apreciaba con toda el alma. Y sin embargo, no podía evitar sentirse inquieto.

—Es que si de por sí estoy algo nervioso, saber lo intenso que se pone mi padre no ayuda.

—Si se pone *intenso* es porque se preocupa por vos —afirmó Mateo.

Al escucharle decir aquello, al capitán del Juventud le invadió el recuerdo de los momentos trascendentales de su vida que habían quedado marcados, de una u otra manera, por su padre. Si lo pensaba fríamente, podía ver en todos ellos un mismo patrón: Esteban actuaba siempre movido por lo explosivo de su carácter, pero detrás de cada arrebató se encontraba, sin duda, la pretensión de actuar con el único fin de protegerle; desde aquellos lejanos días de su niñez en que le escuchaba discutir con su madre, a fin de convencerla para que lo dejaran ingresar en la residencia para canteranos del Juventud y que tuviese la oportunidad de labrarse un futuro como futbolista, pasando por la negociación de su primer contrato como profesional, en el que peleó punto por punto con uñas y dientes.

Pero, sin duda, de todos esos momentos que podía rescatar de la memoria se quedaba con el largo paseo que dieron juntos por la costa de Cádiz hacía ya algo más de tres años, durante el cual, mientras caminaban por la orilla del mar en dirección al faro situado a varios kilómetros de la casa que poseía en la zona, mantuvieron la

conversación que Dani había pospuesto hasta la saciedad. Una charla que, pese al tiempo transcurrido, recordaba como si hubiera tenido lugar ayer:

—¿Y bien? ¿No vas a explicarme por qué hiciste lo que hiciste?  
—le soltó Esteban en cuanto se hubieron alejado por la playa.

Él, resguardado bajo una gorra y gafas de cristales tintados, no tardó en responder en el mismo tono:

—Lo mismo te pregunto yo a ti, que aún me arde el bofetón con el que me cruzaste la cara.

—Mira, hijo, no me enorgullezco de eso, pero... trata de comprenderme. Me sentía frustrado. Y enfadado.

—No, ya, eso es evidente...

—¿Tú sabes lo que me dolió tener que enterarme por tu hermano?

Dani hizo un esfuerzo por mostrarse empático:

—Lo siento, papá.

—No, el que lo siente soy yo. —Esteban, observando cómo la espuma de las olas rompía contra sus pies a cada paso que daban, trató de poner en orden sus pensamientos—: ¿Sabes lo que más lamento? Eso. Que haya sido Álvaro el que me lo contase, no tú. — Tras una pausa, añadió—: ¿Es que no confías en mí?

—No es eso...

—Explícame entonces cómo puedo volver a dormir por las noches, porque no lo hago desde que supe que llevas todos estos años sufriendo sin yo saberlo.

Dani chasqueó la lengua en un gesto no ya de fastidio, sino de impotencia.

—¿Te acuerdas de cuando debuté en primera y fuimos los cuatro después a cenar para celebrarlo?

Esteban asintió.

—Esa noche, yo... —Dani respiró hondo, sin creerse lo difícil que le resultaba abrirse a él—. Estuve a punto de contároslo. A mamá, a Álvaro y a ti.

Su padre guardó silencio unos segundos.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Dani también calló mientras reflexionaba al respecto.



—Estabais todos tan entusiasmados... —replicó al fin—. Sobre todo tú. No dejabas de hablar de contratos, de que tenía que centrarme en mi carrera, marcharme de la residencia, independizarme y todo eso... Si no fui capaz de pararte los pies y dejarte claro que aún era pronto para apuntar tan alto, que primero tenía que ganarme la plaza en el primer equipo, ¿cómo iba a decir algo así?

Esteban empezó a vislumbrar que había puesto sobre los hombros de su hijo más presión de la que en principio había creído.

—Lo entiendo, no eras más que un crío, pero... ¿y después? ¿Por qué sí a tu hermano y a tu madre, y no a mí?

—Yo no se lo conté a Álvaro de voluntad propia, papá —se defendió Dani, descubriendo a su vez que entre ellos dos tampoco había habido una conversación al respecto en los días que llevaban sin verse tras la final de Champions—. Aquella Nochebuena, cuando Mateo se quedó en casa con nosotros, pues... digamos que él nos pilló.

—¿Que os pilló? —se sorprendió.

Dani, sintiendo que el rubor le subía hasta las orejas, se apresuró a concretar:

—¡No estábamos haciendo nada! Solo nos vio besándonos en la cocina, creíamos que ya estabais todos durmiendo.

—Bueno, y si hubieseis estado haciendo algo tampoco es el fin del mundo, que somos adultos —trató de restarle importancia Esteban.

Él ignoró deliberadamente el comentario, pues se negaba en rotundo a tratar precisamente con él los detalles de su vida sexual.

—Nos pilló —retomó la exposición de los hechos— y luego me tendió una encerrona. Así que no me quedó otro remedio que decirle la verdad.

—¿Y esa verdad era...?

—Que Mateo y yo éramos pareja. —Hizo otra pausa y de nuevo fue sincero—: Y que bajo ningún concepto quería que tú lo supieras. Esteban calló, dolido.

—¿Y tu madre?

—Al principio tampoco quería que se enterase, pero... cuando te fuiste a llevar a Álvaro al aeropuerto y los dos nos quedamos a solas

con ella, no tuve estómago para seguir ocultárselo.

—Tantos años viviendo bajo el mismo techo y se tiene que callar algo así... —farfulló Esteban.

—Mamá no tiene ninguna culpa —la defendió Dani—. Fui yo quien le pidió que no lo hiciera.

—Porque si me enteraba, «me decepcionarías».

Al escuchar aquellas palabras, Dani sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Lo que necesito que entiendas —dijo, enfatizando sus palabras con un movimiento de las manos— es que no es que no confiara en ti ni nada de eso... Si no lo hice, es porque pensar en cuál podría ser tu reacción me daba pánico.

—¿Y cómo iba a reaccionar, Daniel? —espetó—. ¿Haciendo como en las películas, gritando que ya no eres mi hijo?

—Pues mira, sí —le encaró, pues el tono por el que ambos se estaban dirigiendo al otro empezaba a encenderse—. Y antes de que me salgas con que cómo puedo decir algo así, piensa en Mateo: a la puta calle con dieciséis años y sin hablarse con su padre. De hecho, a ver con qué nos encontramos la semana que viene en Ushuaia... —pensó en voz alta en referencia a la por aquel entonces inminente boda de Sergio y Valentina—. O en Joan. Porque esa es la realidad a la que un montón de gente que está en nuestra situación tiene que enfrentarse.

Esteban frunció el ceño.

—¿Qué le pasa a Joan?

Dani cayó entonces en la cuenta de que más allá de su declaración pública en el *spot* televisivo orquestado por Mateo, los pormenores de la vida personal del catalán eran un misterio.

—Él tampoco le ha contado directamente a su familia que es bi. —Como su padre puso cara de no acabar de comprender, reunió más paciencia y concretó—: Que le gustan tanto los hombres como las mujeres.

Esteban asintió de un cabeceo.

—¿Y tú sí lo sabías?

Sin querer indagar en si su padre había sacado conclusiones rápidas acerca de ambos, Dani fue sincero:

—Joan y yo siempre nos lo hemos contado todo... De hecho, si él no hubiera estado ahí para escucharme habría perdido el norte.

—Supongo que tampoco habrá sido fácil para él —aventuró Esteban.

—No, no lo ha sido. —Redirigiendo la conversación hacia los senderos iniciales, Dani añadió—: Con todo esto no pretendo justificarme, papá..., solo espero que entiendas lo que te he dicho antes: me daba pánico que me rechazaras. Tú siempre has sido un referente para mí.

El rumor de fondo del océano llenó el silencio que se formó entre ambos. Pasado el momento de tensión, Esteban hizo ademán de enterrar el hacha:

—Mira, hijo, por mucho que quiera, el pasado ya no lo podemos cambiar.

—En eso estamos de acuerdo —convino el defensa.

—Así que mejor centrémonos en cómo queremos que sean las cosas a partir de ahora, ¿te parece? —propuso Esteban—. ¿Hablarás conmigo de lo que necesites?

—Sí.

—¿Seguro?

—Que sí...

—No me gustaría que las rencillas que puedan quedarnos interfieran en lo profesional. —Tras hacer una pausa, Esteban añadió—: Entonces, ¿ya me has perdonado?

—¿Cómo que si te he perdonado? En todo caso, el que tendría que perdonarme serías tú por haberte ocultado esto tanto tiempo.

—Me refiero a que si me has perdonado por haberte puesto tanta presión encima como para que solo me vieras como a tu *manager*...

Al oír aquello, Dani se detuvo.

—Ya que has sacado el tema, papá..., tengo que decirte algo.

—¿De qué se trata? —se interesó él, deteniéndose a su lado.

Sabiendo que no le iba a gustar lo que estaba a punto de soltarle, Dani fue al grano, pues no le quedaba más remedio que comprobar si ese nuevo pacto de confianza mutua era tan sólido como en apariencia:

—No quiero que sigas siendo mi representante.

Tal y como daba por hecho, Esteban perdió el temple:

—¿¡Cómo que...!?!? ¿Pero cuándo he dejado de conseguirte las mejores condiciones?

—No es eso... En ningún momento he puesto en tela de juicio tu valía como negociante.

—¿Entonces? —le preguntó, ofendido—. ¿Piensas que no seré capaz de estar a la altura en la siguiente renovación?

Dani, nervioso, estalló:

—¿Es que no ves todo lo que se me va a venir encima? ¿La de críticas de dentro y fuera del mundillo que me van a caer, todos los ojos puestos en lo que hago o no hago, lo que digo o no digo? Me van a dar palos hasta en el carnet de identidad por mucho que me deje la piel en los terrenos.

—¡Pues quién mejor que yo para defender tus intereses! —insistió Esteban.

—¡No, papá! ¡Porque lo que quiero es que sea un externo el que se encargue de eso y que tú puedas liberarte y estar ahí para mí! —Dani se lo quedó mirando con la respiración ajetreada, sintiéndose fatal por haberle gritado. Haciendo un esfuerzo por calmarse, añadió —: Lo que quiero decir es que lo que necesito ahora mismo, y de ahora en adelante, no es un *manager* multifunciones..., sino a ti. Necesito a mi padre, y punto.

Tras comprender que lo que le estaba pidiendo era algo tan simple como que dejase de actuar en mil frentes y se centrara en el único que de verdad importaba, Esteban también se sintió fatal. Sobre todo por no haberlo captado a la menor de cambio.

—Ven, ven aquí —le dijo buscando su abrazo.

Dani atinó a corresponderle; el brillo de las lágrimas disimulado por el cristal ahumado de las gafas, la diferencia de altura más que evidente mientras permanecían así, con el mar rompiéndoles en las piernas desnudas.

—¿Ya has pensado en alguien? —le preguntó Esteban una vez se hubieron soltado para retomar el paseo.

—Seguramente hablaré con el representante de Mateo y le propondré que también me lleve a mí —replicó Dani haciendo como si no se le hubiera quebrado la voz y agradeciendo que él, a su vez, hiciera como si no se hubiese percatado de ello.

—Buena idea.

Anduvieron durante un par de minutos cada uno sumido en sus pensamientos. Cuando la silueta del faro ya era más que notoria y el olor de la bruma marina saturaba los sentidos, Esteban le hizo una última pregunta:

—¿Sabes que te quiero y estoy orgulloso de ti, verdad?

Aun haciéndose el duro, Dani no pudo disimular una sonrisa:

—Que sí, no seas pesado.

No tardaron en dar la vuelta para regresar a la casa. Y mientras lo hacían, Esteban, dando la conversación por zanjada, sacó el que seguía siendo el tema estrella entre ambos:

—Que conste que soy el primero que disfrutó de lo lindo viéndote ganar la Champions, ¡pero qué jugadas hizo Mateo, qué visión de conjunto tiene a pesar de la velocidad a la que dribla!

—Si quieres te lo presto, que estás más enamorado de él que yo —hizo ademán de bromear.

—Me gustaría tener también una charla con él —dijo Esteban.

—Díselo luego, seguro que acepta encantado.

Tras dejar aparcados tales recuerdos, Dani giró el rostro. Allí, a pocos centímetros de su posición, el argentino seguía conduciendo; una visión que conseguía apaciguarle.

—Supongo que tienes razón... —claudicó—. Y que cuando mi padre se pone en ese plan es porque quiere lo mejor para nosotros.

Mateo esbozó una sonrisa.

—Yo también estoy nervioso —dijo el delantero—. Por eso mismo agradezco que tus viejos vayan a estar con nosotros.

—Bueno, también estará Alejo —puntualizó Dani.

—Y Tina ayer —añadió, pues su hermana los había acompañado durante la primera visita.

—Que sea lo que tenga que ser —proclamó el defensa, solemne, diciéndose para sus adentros que en efecto la relación con su padre había cambiado y, sobre todo, ya no tenía dieciocho años, como cuando prácticamente no tuvo ni voz ni voto en la adquisición de la que seguía siendo su residencia.

Sin embargo, una vez hubieron estacionado en aquella población cercana a la Sierra, lo primero que le soltó Esteban nada más verlos contaba como punto negativo:

—Hijo, un poco más y os mudáis directamente a León, ¿eh?

—No seas exagerado, papá, que solo está a cuarenta minutos del centro...

Su antaño representante lo abrazó con fuerza.

—¿Cómo va esa lesión?

—Duele lo justo para no olvidarme de ella.

—Por eso no lo dejé manejar —dijo Mateo, quien tras guardarse las gafas de sol procedió a saludar a su suegro—: ¿Llevan mucho por acá?

Este tuvo con él el mismo gesto que con Dani, y mientras se separaba del argentino los puso en conocimiento:

—Un rato. De hecho, fuimos los primeros en llegar.

—¿Y mamá? —se extrañó el capitán del Juventud.

—Dentro, con vuestro *manager* y el de la inmobiliaria. —Ante la cara de circunstancias de la pareja, Esteban se encogió de hombros y añadió—: Ya que estábamos los cuatro aquí, ¿por qué no ir adelantando?

—Pues no sé, ¿quizás porque habíamos quedado a las diez? —protestó Dani.

Sabiendo cuánto le molestaban a este las improvisaciones, Mateo le restó importancia al asunto:

—Dale, vayamos nosotros también —dijo, empujándole suavemente por la baja espalda—. ¿Vos ya viste la casa? —le preguntó a Esteban.

—Sí.

—¿Y qué te pareció? —siguió Mateo creando conversación mientras abrían la puerta que conducía al jardín delantero.

—No está mal.

Dani respiró hondo, reuniendo paciencia.

Una vez dentro, los tres se quedaron observando el conjunto del inmueble. Se encontraba en un vecindario tranquilo compuesto por pocas viviendas, separadas entre sí por generosas parcelas; ya fuese por aquellas horas tempranas o simplemente por su carácter residencial, no se oía ruido más allá de algún coche esporádico. De fondo, el aire fresco y limpio que llegaba de la montaña.

—¿No es demasiado terreno? —les cuestionó Esteban.

—Así podrán jugar las nenas todo lo que quieran —respondió Mateo, risueño, pues Valentina ya les había confirmado que iban a

tener dos nuevas sobrinas.

Accedieron a la planta baja, distribuida en concepto abierto tras haber sido sometida la vivienda a una reforma integral. Gracias a los numerosos ventanales de los que disponía resultaba sorprendentemente luminosa, algo que junto a los suelos de madera contribuía a acrecentar la sensación de espacio.

—Oh, ya han llegado —oyeron que exclamaba Lucía, quien no tardó en unírseles—. ¿Cómo estás, cariño?

—Bien, mamá. —Dani le dio dos besos y le preguntó, con ironía punzante—: ¿A ti también te parece que la casa «no está mal»?

—Pero qué mal genio que tienes, de verdad —le reprochó Esteban, sabiéndose aludido.

—Yo creo que es preciosa —afirmó ella, besando a continuación a Mateo.

—Por fin alguien acertó —se autoelogió Alejo llevando consigo un portadocumentos.

—A la sexta, flaco —se la devolvió su compatriota.

—Buenos días, señores —los saludó el agente de la inmobiliaria que ya les mostrase la vivienda la jornada anterior; este, en su caso, llevaba por el asa una cartera de piel.

Sabiendo que el tiempo de ambos valía oro, Dani no se andó con rodeos:

—¿Podemos echar un último vistazo?

—Por supuesto, tómense todo el tiempo que necesiten.

Alejo aprovechó para seguir abordando flecos contractuales; en cuanto a Dani, nada más hubo hecho la propuesta vio cómo su madre se enganchaba del brazo de Mateo y ambos empezaban a subir por la escalera que llevaba a la planta superior. Los siguieron, y mientras el delantero y Lucía seguían recorriendo con entusiasmo las estancias, Dani buscó en su padre lo que de él siempre había necesitado: confianza para tomar sus propias decisiones.

—Dime la verdad: ¿te parece que hemos elegido bien?

—Es grande y tiene sus lujos, pero no es excesiva —opinó Esteban—. Aunque lo del acceso al garaje y la división en dos plantas no me entusiasma...

—Es por separar ambientes. Mateo quiere ponerse en la de abajo un despacho, y yo un gimnasio. Además, para los invitados

será...

—No hace falta que estés siempre justificándote —lo interrumpió—. Solo estoy diciendo que no la elegiría para mí, no que no me parezca bien. Al contrario. Si vosotros sois felices, nosotros también.

El capitán del Juventud asintió, sintiéndose mucho más tranquilo.

—Las otras que hemos visto tenían más metros cuadrados, más terreno y un montón de pijadas, pero... —Sabiendo que la decisión ya estaba más que tomada, en cuanto estuvieron junto a su madre y Mateo dijo, mirando a este último a los ojos—: Fue entrar aquí y sentir que no hacía falta seguir buscando.

El argentino le dedicó una sonrisa al tiempo que asentía.

—No sé vos..., pero yo creo que tenemos unos cuantos papeles que firmar —dejó caer.

Dani se quedó observando durante unos segundos el espacio en el que se encontraban; pese a estar vacío, se notaba que había sido concebido para albergar el dormitorio principal.

Sí, se vio viviendo allí. Con él. Así que no lo dudó más:

—Espero que los burócratas hayan traído bolígrafos...

—Y si no, yo siempre llevo encima —dijo Lucía mostrándole los que tenía en el bolso.

El comentario ayudó a disipar la tensión que aún quedaba en el ambiente, y poco después Dani y Mateo se apoyaron en la barra americana de la cocina, única estancia de toda la casa que ya estaba equipada, para rubricar los documentos por los que se cerraba la adquisición del inmueble.

—A falta de depositarlos ambas partes en la notaría... —dijo el gestor.

—De eso me encargo yo, que traje los poderes —replicó Alejo, quien había acudido a la cita preparado.

—... y de la ejecución del pago...

—Lo mismo —añadió.

—... ya está cerrada la operación. —Tendiéndoles dos juegos de llaves, proclamó—: Enhorabuena.

Dani y Mateo las tomaron, y tras estrecharle la mano hicieron además de acompañarlos a la salida, pero Esteban los disuadió:

—Ya voy yo con ellos, que tengo que ir de paso al coche.



Lucía esbozó una discreta sonrisa. En cuanto a ellos, fue el delantero quien se apresuró a cerrar planes de índole personal:

—Flaco, ¿nos vemos mañana en lo de Tina? —preguntó, pues habían acordado cenar los cuatro juntos antes de su regreso a Londres pese a la ausencia de Sergio, convocado por la selección.

—Allá estaré.

—Gracias —dijo el defensa a modo de despedida.

Una vez ellos tres se hubieron marchado, Dani y Mateo se miraron.

—Pues ya estamos aquí... —dijo el primero.

—En nuestra casa... —replicó el segundo.

Tanto habían deseado que llegase ese momento que mientras se besaban olvidaron que no estaban a solas. Fue Dani el que, nada más separarse de sus labios, se percató de que Lucía los estaba mirando con una sonrisa; sin poder evitarlo, rememoró la mañana de Navidad en la que, también en un escenario doméstico como ese en el que se encontraban, su madre presenció por primera vez semejante muestra de afecto entre ambos.

—Cómo me alegro por vosotros... —musitó, emocionada.

Mateo fue hacia ella y la achuchó, a lo que *su mayor fan*, como Lucía solía autodenominarse, no se opuso.

—Y nosotros nos alegramos de que estén hoy acá, pero vas a lamentar haber venido —bromeó el delantero—, porque estaba pensando en llamar al decorador que nos recomendaron Tina y Sergio y necesitamos que alguien nos ayude con las elecciones.

—¿Quieres hacerlo hoy? —se quejó Dani, a quien la perspectiva de pasarse la tarde eligiendo paletas cromáticas, estilos de muebles y demás detalles no le apetecía lo más mínimo.

—Mejor aprovechar todo el tiempo posible hasta que regrese a Londres... Dudo que pueda volver hasta que acabe la temporada —le recordó Mateo.

Dani asintió. Se había centrado tanto en aquellos días con tal de no pensar en su lesión que hasta había olvidado lo intrincado de sus respectivos calendarios deportivos en la recta final del campeonato.

—Mamá, ¿haces los honores? —le pidió a Lucía mientras le daba su móvil.

Ella les tomó un par de fotos mientras posaban ante la cámara sosteniendo cada uno su juego de llaves.

—¿Os gusta? —preguntó mostrando la pantalla del teléfono.

Asintieron, y tras mandar la foto al grupo de mensajería instantánea dieron por emitido el *comunicado oficial*. Para cuando Esteban estuvo de vuelta, los móviles de ambos echaban humo de tanto mensaje que estaba entrando. Y sin embargo, no los atendieron, puesto que no dieron crédito a lo que veían:

—¿Y todo eso? —se extrañó Dani.

Esteban, cargando con una bolsa de rafia y cuatro sillas plegables, de esas hechas de aluminio y tela que solían usarse para los *campings*, dejó en medio de la cocina todo lo que habían transportado en el maletero desde León.

—Es que cuando nos llamaste anoche, dimos por hecho que ya estabais decididos y que solo os faltaba un poco de apoyo para la firma —explicó Lucía con una sonrisa—. Había que celebrarlo.

Cuando Dani tomó la bolsa para ayudarle y vio que dentro se encontraba la vieja cafetera italiana que recordaba haber visto toda la vida en casa de sus padres, se quedó sin habla.

—Ante la duda de si tendríais o no electricidad, trajimos refuerzos —afirmó Esteban sacando una pequeña cocinilla de gas.

Poco después, sentados los cuatro en el espacio entre la barra americana y los electrodomésticos, compartiendo el café que habían preparado con aquellos medios tan rudimentarios como efectivos, Dani se dio cuenta de que siempre habían sido sus padres, con esa sencillez campechana de la que seguían haciendo alarde, los que le habían mantenido los pies en la tierra. Diciéndose que no había palabras suficientes para agradecerse, sacó a colación cierto asunto:

—Mamá, papá..., estaba pensando en si os gustaría quedaros con la otra casa. Una vez me haya mudado aquí, quiero decir.

Lucía y Esteban negaron casi al unísono.

—Gracias, cariño, pero nosotros estamos muy a gusto en el pueblo —se excusó ella.

—Y ya ves lo que nos cuesta venir aquí cada vez que lo necesitéis o nos apetezca —corroboró él.

Dani, quien en el fondo ya daba por hecho que sus padres iban a rechazar el ofrecimiento, fue práctico:

—Supongo entonces que la venderé, no le veo sentido a quedármela. —Al mirar a Mateo reparó en que parecía apagado—. Ey, ¿estás bien?

El argentino esbozó una sonrisa, y sin querer ocultarlo les fue sincero:

—Sí. Es solo que... me habría gustado que mis viejos estuvieran hoy también acá.

Sabiendo lo duro que era para él aquella distancia, pues no los había visto desde el pasado verano, cuando ambos fueron de vacaciones a Ushuaia, Dani le cogió de la mano.

—Llámalos —propuso.

—Lo haré luego, que aún es bien temprano en la Argentina —replicó Mateo, asiéndola.

—Eso, seguro que les hará ilusión —lo alentó Lucía.

—Sé que los debes de echar de menos, pero no olvides lo que te dije aquella vez cuando paseamos por la playa —lo animó Esteban.

Mateo, con una sonrisa, preguntó:

—¿Que soy tu jugador favorito?

Al oír aquello, picado no solo por la curiosidad Dani le echó una mirada reprobatoria a su padre:

—Conque tu jugador favorito, ¿eh?

—No me lo tengas en cuenta, que sabes perfectamente que a mí siempre me han tirado los delanteros... —Tras el amago de broma, Esteban miró a los azulísimos ojos del joven y afirmó—: Te dije eso, sí, pero también que eres parte de nuestra familia. Así que aunque tus padres estén lejos ahora mismo, no te sientas triste, que nos tienes a nosotros. —Esteban pareció de pronto recordar algo—: Por cierto, el vecino de enfrente es un estirado.

Dani se temió lo peor:

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada. Es que cuando me vio sacando las cosas del coche me preguntó si había comprado la casa y le dije que no, que era de mi hijo y de su marido —respondió, quedándose tan ancho—. Menuda cara de palo se le puso.

Al oír aquello, Mateo se empezó a reír a carcajadas.

—¡Papá! ¡Pero si no estamos casados! —se escandalizó.

—No me seas antiguo, Daniel, que arrejuntarse ya equivale a matrimonio —replicó Esteban.

—En nuestra época no quedaba otra, pero ahora... —le dio la razón Lucía.

—¿O es que no consideras a Amaya la mujer de tu hermano? —insistió Esteban—. Hablando de él, seguro que está esperando noticias tuyas.

El capitán del Juventud se quedó estupefacto, no tanto por la lógica paterna, sino por la naturalidad con la que este había esgrimido tal argumento. Preguntándose qué le resultaba más surrealista —si el que le hubiera puesto tal calificativo a Mateo, o que le hubiera llamado «viejo» a la cara, como solía hacer Sergio—, se dejó embargar por la cálida y reconfortante sensación que le invadió, pues no tanto tiempo atrás algo así le hubiera resultado inconcebible.

Y se dispuso a llamar a Álvaro aún sentado en aquella rudimentaria silla de *camping*, mientras Mateo y sus padres seguían hablando en torno a otra taza de ese café que, ante todo, sabía a hogar.

\*\*\*

—Pero menudo barrigón que tienes, Tina...

—Lo sé, boluda, mil veces lo dijiste hoy —se quejó ella sin negar la evidencia, ya que el ajustado vestido elástico que llevaba puesto ponía en evidencia que estaba a punto de alcanzar el sexto mes de gestación.

Cristina, quien también vestía un atuendo sencillo y sabía que, a diferencia de su amiga, no llamaba la atención dondequiera que fuese, tras decidirse por una de las tantas marcas de chocolate disponibles en aquel supermercado en el que se encontraban dejó caer el paquete en la cesta, al tiempo que le decía, sujetándola del brazo:

—Es que estás tan mona...

La exmodelo sonrió y contempló su reflejo de perfil en la puerta de una de las neveras verticales de las que disponía el establecimiento.

—De mona pronto pasaré a vaca de La Pampa —sentenció, pues con la llegada del tercer trimestre su cuerpo iba a experimentar una transformación radical, más incluso que con el primer embarazo al ser el actual múltiple.

—Pues que la mona se desmelene un poco antes de dedicarse a pastar tranquilamente y sin sobresaltos —insinuó Cris, recordándole que si había accedido a acompañarla en aquella escapada, era porque Valentina le había asegurado que una vez de regreso ya se entregaría el reposo hasta el momento del parto.

Tina se giró para encararla: le sacaba casi veinte centímetros de altura; una rubia y de piel blanca como la nieve, la otra morena, de rasgos mediterráneos. En definitiva, la noche y el día en lo físico, pero uña y carne en todo lo demás.

—¡Noche de chicas! —exclamó la argentina.

—*Mmm*, más bien noche de... —Al reparar en con quién iban a pasar precisamente esa velada, Cris no se corrigió a sí misma, sino que lo enfatizó en el idioma local—: Sí, *girls party!*

—Aprovechen ustedes dos, *girls*, que yo no puedo tomar —dijo Valentina cuando llegaron al pasillo de las bebidas alcohólicas.

Cris se quedó mirando los estantes, y tras dudar unos segundos mandó sus reservas al cuerno:

—Para una vez que me pillo *mamacaciones*, las pienso exprimir al máximo —afirmó mientras metía en la cesta un par de botellas de vino.

—Lo mismo digo —la apoyó Valentina, puesto que ella también se había marchado a Londres después de dejar en Madrid al binomio marido-hija.

—Así que solo una llamadita para saber qué tal van —apuntó Cris, quien pese a todo no podía evitar preguntarse cómo estarían Robert y sus retoños—, y a cumplir la misión que tenemos encomendada.

—¿Y cómo van a estar? Ya Marina me contó que «papá y ella iban a acampar hoy en el *living*»...

Cristina rio al imaginarse a Sergio durmiendo con la niña en el salón de su casa, largo como era, en un lecho improvisado de cojines, mantas y muñecos de peluche.

—Los míos otro tanto... Si es que no sé por qué no los dejamos solos más a menudo, con lo bien que se lo pasan.

—*Amen, sister* —replicó la argentina de nuevo en la lengua local.

Tras pagar, se repartieron las bolsas y arrastraron sus respectivas maletas hacia una de las tantas viviendas de estilo victoriano que abundaban en aquella céntrica zona. Mientras paseaban disfrutando de las suaves temperaturas con las que se acercaban al final del mes de mayo, Cristina observaba a su alrededor, maravillándose por el encanto del barrio de Pimlico.

—¿Tú crees que le gustará la sorpresa?

Valentina, pagada de sí misma, afirmó:

—No le gustará. La va a amar.

Y es que tras llevar inmersa en planificaciones durante las últimas semanas, a la argentina no le cabía duda alguna de que lo que necesitaba su mellizo en esos momentos era, nada más y nada menos, que evadirse.

Juntas diseñaron toda una estrategia que contemplaba múltiples escenarios, y recientemente habían movido ficha al darse las circunstancias deportivas que desde un principio habían creído difíciles, pero no imposibles: tanto el Juventud como el Westhound habían caído en semifinales de Champions, y mientras que los españoles tampoco habían logrado aquella temporada hacerse con la Copa del Rey, los ingleses sí que habían sumado ya a su palmarés otra EFL Cup. Asimismo, ambos equipos se habían proclamado vencedores de sus respectivas ligas matemáticamente a dos jornadas del final del campeonato.

Así pues, tras haberlo celebrado con la afición al término del último encuentro en su estadio, y después de que el técnico del Juventud decidiera que el partido liguero que le restaba al equipo, en el que no se jugaban nada, lo disputarían principalmente integrantes del filial, Dani, Sergio y Joan obtuvieron permiso para iniciar antes sus vacaciones, justo a tiempo para asistir ese mismo sábado al también último encuentro liguero del Westhound, el cual serviría de escenario para la despedida de Mateo.

El propio Mateo ya sabía que iban a asistir a su último partido como profesional, pero de lo que no tenía ni idea era de que tanto ellos como el resto de la comitiva que iba a trasladarse hasta

Londres lo iba a hacer antes de lo previsto. De hecho, cuando el delantero escuchó que llamaban al portero automático de su domicilio y vio por la pequeña pantalla de quién se trataba, no se lo podía creer.

—¿Pero qué hacen ustedes acá?! —exclamó tras abrirles la puerta.

—¿No te alegrás de vernos? —le preguntó su hermana.

Mateo, como toda respuesta, la abrazó para acto seguido depositar ambas manos en su abultado vientre.

—Tina, ¿vos no tendrías que estar descansando? —se preocupó.

—Eso le dije yo, pero no hubo manera de convencerla —se excusó Cris.

Mateo procedió a estrecharla a ella también, aplicando mucha más fuerza de la que había empleado con su melliza.

—Ahora díganme la verdad —pidió Mateo tras haberlas hecho entrar—. ¿Qué hacen acá? ¿No se supone que venían con los demás el sábado temprano?

Cris se lo quedó mirando, y para sus adentros se dijo que incluso con aquel aspecto que en cualquier otro resultaría en extremo descuidado —descalzo, pantalón corto de deporte, camiseta holgada con pinta de haberse usado mucho a juzgar por lo desgastado del tejido, así como el pelo recogido en una coleta apresurada—, su amigo estaba tremendo.

—Sí, pero nos apetecía venir nosotras antes, ya ves —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Serás tan amable de acogernos? —añadió su melliza, sabiendo de lo retórico de la pregunta al conocer de antemano la respuesta.

—Obvio que me encantará tenerlas acá, pero está todo un poco caótico... —expuso Mateo con cierto apuro.

Ellas repararon entonces en que la casa estaba prácticamente vacía.

—Los de Oxfem recién se llevaron los muebles y lo que no está ya en Madrid —dijo, mencionando a la organización internacional a la que había donado dichas posesiones—. La semana próxima cuando yo ya no esté vendrán a por lo demás.

—¿Y esto? —inquirió su hermana, puesto que apoyadas contra una pared había un buen montón de cajas de cartón sin montar.

—Lo que me faltó de la mudanza... Aún no empaqué las cosas de las que me quería encargarme personalmente —añadió, dando a entender que justo cuando ellas habían irrumpido se disponía a meterse en faena. Al reparar en cierto detalle, preguntó con sorpresa—: Este..., ¿fueron al Tesco?

—Sí, a por provisiones —replicó Cris moviendo las cejas en un gesto cómplice al tiempo que sacaba las botellas de vino de la bolsa de la mentada y popular cadena británica de supermercados.

Mateo las cogió y, tras meditarlo unos segundos, les preguntó:

—¿Entonces vinieron ustedes dos solas?

—Ajá —respondió Valentina.



—¿Sin maridos ni nenes?

—Sin compromisos de ningún tipo —confirmó Cristina.

—¿Y pensaban quedarse acá conmigo?

Ellas asintieron de un cabeceo.

Mateo, con un mohín de autoafirmación, proclamó, solemne:

—Buenísimo, porque a estas alturas creo que me puedo permitir ir mañana a mi último entreno con resaca.

Cristina dio unas palmaditas de entusiasmo, y Valentina, tras agacharse como buenamente podía para abrir su maleta, exclamó:

—Pues ya es oficial: nada de empacar, que empezó la fiesta de pijamas.

Mateo se rio al ver que su hermana comenzaba a desvestirse para cambiarse a las zapatillas de andar por casa y el camisón corto y amplio que se había traído en el equipaje. Cuando hizo ademán de tomar de nuevo la maleta, pero esta vez para llevarla a la planta de invitados, él se lo impidió:

—Ya lo hago yo. Abajo solo queda la cama, ¿se apañarán?

—Me temo, querida, que me la voy a apropiar —le dijo Valentina a Cris—. Necesito espacio, y según Sergio mis ronquidos se oyen a veinte metros de distancia.

—Podés dormir en el sofá del *living* o, si no tenés inconveniente, arriba conmigo —le ofreció Mateo a la fisio.

Cristina hizo un esfuerzo para que no se le notara lo mucho que le gustaba tal idea.

—Por mí, ninguno.

Mientras subía a la habitación de Mateo para dejar sus cosas, Valentina aprovechó para inspeccionar el contenido de la nevera.

—¿Sabés, Cris, que vas a ser la primera mujer sin lazos de sangre con la que mi hermano pase la noche? —se cachondeó Valentina vociferando desde la cocina y abriendo un tarro de pepinillos en conserva.

—¡Todo un honor! —respondió ella.

—Las estoy escuchando... —contestó el delantero desde la planta baja de la casa.

Cristina, aún con la sonrisa en los labios, se quedó observando la estancia. Había estado varias veces en aquel lugar, pero era la primera ocasión en que podía observar de una forma tan íntima el

dormitorio. Solo la amplia cama seguía ahí, signo de que su morador estaba próximo a abandonarlo para siempre; la quietud en la que estaba sumido, unida a la suave luz que entraba por el ventanal del techo abuhardillado, le transmitió una agradable sensación de paz.

Acababa de cambiarse de ropa ella también cuando escuchó pasos provenientes de la escalera, y unos segundos después Mateo se asomó.

—Podés usar el vestidor si querés —le dijo.

Cristina le dio las gracias por el ofrecimiento, y mientras regresaban juntos a la planta baja, afirmó:

—No sabes cuánto me alegro de saber que en nada te tendremos cerca.

—¡Y tan cerca! —respondió, pues la población en la que finalmente Dani y él iban a asentarse no distaba demasiado de Galapagar.

—No te molesta que nos hayamos presentado aquí sin avisar, ¿verdad?

—Pero boluda, ¿cómo me iba a molestar? —contestó descendiendo por los peldaños—. Cierto que pensaba tomarme la noche de descanso social, pero bien feliz que me hacen.

—¿Descanso social? —se extrañó Cris.

—Digamos que no dejó de venir gente en las últimas semanas... —Una vez en la cocina, Mateo casi se lleva las manos a la cabeza al ver que su hermana estaba atacando sin contemplación el contenido de una bandeja de cristal—. ¡Tina, ¿pero qué hacés?!

—Tus sobrinas y yo nos morimos de hambre —se justificó ella, llevándose a la boca otra cucharada de aquello que ni sabía qué era—. Esto está rebueno, Mati.

—Che, esperá un poco. Si ya quieren empezar la fiesta, lo hacemos bien.

Cristina echó un vistazo al reloj de pared. Apenas pasaban de las siete, pero entre la hora menos con respecto a la península española y que también había echado muchísimo de menos las dotes culinarias del delantero, no puso objeción a adaptarse a las costumbres del país, por muy temprano que allí se cenase.

—¿Y qué hay de menú? —se interesó mientras sacaba de las bolsas lo que habían comprado.

—Festival de sobras —anunció Mateo mientras empezaba a extraer de la nevera más bandejas de cristal cubiertas con film transparente—. Esto es de ayer..., y esto del martes...

—Dale, Mati, ¿estuviste cocinando para la reina y el príncipe Carlos? —se mofó su hermana.

—Este..., casi —suspiró Mateo, pues a base de hacerlo en pequeños grupos, la práctica totalidad de sus compañeros y parte del equipo técnico se había pasado por ahí recientemente, ya que nadie quería perderse las populares veladas que daba como anfitrión, irremediablemente aderezadas con cierto regusto a despedida.

Ellas lo ayudaron poniendo la mesa en la barra de la cocina mientras Mateo iba del horno a la vitrocerámica, de la encimera al microondas, orquestando el improvisado festín que iba a servirles. No mucho después, Cristina abrió una de las botellas y le sirvió en su copa para a continuación llenar la suya.

—Madre mía, qué ganas tenía de zamparme una de tus empanadas —suspiró con deleite. Tras darle un bocado a la humeante masa rellena, añadió—: Están para morirse.

—Tuviste suerte de que quedaran —replicó Mateo, quien tras dar el primer sorbo de vino y apoderarse de otra, le acercó el plato a su hermana—. Para vos la última, relinda.

Valentina, con su copa llena de zumo de manzana, la aceptó sin pensárselo dos veces.

—Saben casi igual que las de *ma* —afirmó, satisfecha—. Aún no perfeccionaste la receta.

—Nunca las podré igualar —defendió Mateo a la madre de ambos.

—¿Sabés que no fue siempre tan buen chef? —le dijo Valentina a Cris—. Hubo un tiempo en que cocinaba horrendo.

—Che, Tina, no contés intimidades.

—¿Cómo que no? Cuenta, cuenta —la alentó la madrileña.

Valentina, sirviéndose de la bandeja de cuscús con verduras que tenía a su vera, no escatimó en detalles:

—Cuando empezamos a vivir juntos a los dieciséis, cada vez que él entraba en la cocina era una aventura. ¡A veces cuando iba a la agencia me olía el pelo a humo!

—Al menos yo hice el esfuerzo de aprender, no como vos — replicó el delantero.

—El esfuerzo lo hice comiéndome todo lo que preparabas, ¿o ya olvidaste?

Mateo se rio.

—Cierto... Siempre vaciaste cada plato que te serví, aunque fuese espantoso.

—Y lo sigo haciendo —afirmó ella mientras se llevaba el tenedor a la boca.

—Jo, qué envidia me dais por haber compartido tantas cosas — dijo Cris—. Yo no tengo hermanos, así que es algo que me he perdido.

—No creás que eso siempre es bueno. —Valentina, dirigiéndole una mirada suspicaz a su mellizo, insinuó—: ¿Verdad, Mati?

Este, diciéndose que si había una ocasión en la que podía hablar sin tapujos de cualquier asunto era, precisamente, esa, le siguió el juego:

—Pero boluda, ¿no dice el dicho que «compartir es vivir»?

—Dale, sí... Compartir consejos, hombres...

El bonaerense, tras captar que lo estaba invitando a soltarse la lengua, entró en materia:

—Digamos que Tina y yo siempre fuimos muy cómplices...

—¿Sabés lo primero que me pidió el muy pelotudo en cuanto empezó a llevarse a la cama a todos a los que le presentaba? Porque en ese entonces yo le aventajaba en conocimientos — puntualizó.

Cristina, que se lo estaba pasando de lo lindo viéndolos interactuar, negó de un cabeceo al tiempo que daba otro sorbo de vino.

—Que lo enseñara a *dominar la técnica*...

Cuando vio que su hermana tomaba la botella de vino que permanecía sin abrir, Mateo se empezó a partir de la risa:

—Che, Tina, ¡no me acordaba de eso!

—Digamos —retomó la exmodelo mirando a Cristina— que entre lo rubia y la metodología de la clase, hice una gran imitación de Madonna. —Como su amiga no comprendía a lo que se estaba refiriendo, Valentina recorrió suavemente el cuello de la botella con los dedos, para a continuación, fingiendo lascivia, depositar un beso en el tapón de corcho.

Mateo seguía riendo a carcajada limpia, y Cris recurrió a su móvil para hacer una búsqueda en Internet. Cuando encontró el vídeo en el que la mencionada cantante demostraba sus habilidades para el sexo oral recurriendo al citado objeto de vidrio, se rio también.

—¿Y te sirvieron las clases? —le preguntó a Mateo.

—Yo siempre soy un alumno aplicado... —dejó caer este tras darle un nuevo sorbo a su copa.

—No siempre —puntualizó su hermana—. En el instituto fuiste tan mal estudiante como yo.

—Corrijo: para lo que de verdad me interesa, soy un alumno aplicado y dispuesto siempre a seguir aprendiendo.

—Vamos, que sacaste matrícula de honor —resumió Cris.

—Digamos que tuve una juventud a ratos muy intensa —añadió Mateo, divertido.

—Juventud, dice... —bufó ella—. ¿Cuántos años tienes? —Como Valentina carraspeó, se corrigió—: Perdón, tenéis.

—En agosto cumplimos treinta y uno —replicó Mateo—. Pero desde aquella época se siente como que pasó un siglo.

—Cuando jugaba en Federal y vacacionaba conmigo en el extranjero, hacía vida nocturna —resumió Valentina.

—Nos pasábamos días enteros sin ver la luz del sol... —añadió Mateo—. Che, la pasé rebién e hice muchas locuras, no voy a negarlo, pero no lo cambiaría por lo que tengo ahora por nada del mundo.

Valentina esbozó una sonrisa y se acarició la abultada barriga.

—Ni yo...

Cris se echó en el plato un poco más de pollo al curry, y continuó la conversación:

—Pues yo en toda mi vida solo he estado con Robert. —Tras saborear una gran cucharada, añadió—: Y aunque a veces me he preguntado si no me habría gustado explorar los *terrenos que hay*

*más allá del mapa...*, ya sabéis..., la verdad es que muy a gusto y satisfecha que estoy.

—¿Pero solo con él para todo? —se sorprendió Valentina—. ¿Ni un triste beso con otro?

—Nada de nada. Carnet de socia fundadora del club de la monogamia.

Mateo alzó su copa hacia ella, proponiendo un brindis.

—Viva el club de la monogamia —proclamó.

—¿Verdad que sí? Se está muy a gusto —replicó haciendo rechinar el cristal y dando un nuevo sorbo.

—Tiene sus cosas malas y sus cosas buenas —opinó Valentina—, pero sin duda, la mejor es que a base de prueba y error se consigue una destreza inigualable...

—O lo que es lo mismo, que cuando te conoces bien al otro y el otro te conoce bien a ti, el sexo es cojonudo —afirmó Cristina.

Mateo se empezó de nuevo a reír.

—¡Nunca te oí hablar así! —dijo, pues lo encontraba muy gracioso.

—Eso es porque no me despendolo tanto como debería —afirmó ella—. Otra ronda, por favor.

Esta vez fue Valentina la que les sirvió más vino a ambos.

—Pues nada, Mateo —siguió Cris—, ahora os toca a vosotros probar las mieles de la repetición...

—¿Sacará de nuevo matrícula de honor el alumno aplicado? —se mofó Tina.

El delantero, tras terminar de masticar lo que tenía en la boca, hizo un gesto con la mano en la que sostenía el tenedor, como pidiendo el turno de palabra:

—Ahora hablando serios... Ustedes dos, que ya llevan buen tiempo viviendo con sus respectivos, ¿tienen algún consejo que darme?

—¿Te quedó temario por aprender? —siguió Tina chinchándole.

—La concha de la lora, Tina... —hizo ademán él de quejarse—. Ese temario ya me lo sé, solo es cuestión de examinarse a menudo... Me refiero a todo lo demás.

—¿La convivencia? —dijo Cris—. Yo sí que tengo un consejo que darte: cuenta hasta diez.

—¿Cómo decís?

—Que cuentes hasta diez cada vez que sus «pequeñas» manías, esas que ahora te parecen encantadoras, te saquen de quicio —proclamó.

—Lo mejor que nunca nadie dijo —le dio la razón Tina.

—Es cuestión de trabajar en equipo y de tener paciencia —siguió diciendo Cris—. No es fácil, pero en mi opinión, es el mejor de todos los caminos complicados que recorrerás en tu vida.

—Y este..., también es divertido —aportó Valentina—, y podrás conocer al otro mucho más que en todo el tiempo previo de relación.

—Pero aunque disfrutéis a tope del tiempo juntos, buscad también algo de espacio personal —añadió la fisio—. Por mucho que os apetezca por llevar tanto tiempo a distancia, que viváis juntos no quiere decir que tengáis que estar pegados todo el santo día.

Mateo hizo otro gesto, como dando por buenos todos esos argumentos.

—Imagino que te seguirás encargando tú de cocinar, ¿no? —dejó caer Cris—. Por eso de que siempre lo has hecho personalmente.

—No tiene por qué —replicó Mateo—. A Dani también se le da bien.

—¿A Dani? —se asombró ella, abriendo los ojos como platos.

—Él tiene muchos talentos secretos, ¿sabés?

La menuda joven se incorporó para mirarle de cerca, como exigiendo que soltara prenda:

—Conozco a Dani desde hace diecisiete años y nunca lo he visto coger una sartén —afirmó—. ¿Entonces lo hace bien?

—Hace bien muchas cosas cuando está a solas conmigo... —insinuó Mateo.

—¡¿Pero cómo se te ocurre decir algo así y dejarme en ascuas?!

—Al volver a sentarse en el taburete, se dio cuenta de que ya estaba un poco perjudicada por el vino—. Cómo sube esto, ¿no?

—Sí, un poco —le dio la razón Mateo, quien también notaba que el alcohol estaba empezando a obrar sus efectos.

Valentina, diciéndose que como siguieran así se lo iba a pasar en grande desde su sobriedad viendo cómo hacían el tonto, acudió al rescate de la curiosidad de su amiga:

—A mí alguien me contó que bajo su fachada de hombre de hielo, en verdad es de lo más romántico...

Al oír aquello, el argentino extendió la mano izquierda para lucir su anillo.

—Mucho —le dio la razón.

—Es que no le pega nada —se mofó Cris—. Venga, va, cuenta más.

—¿Acaso yo quiero saber detalles íntimos de Puig? —se la devolvió.

Cris iba a contestarle cuando empezó a sonar el estribillo de una canción que no tardaron en reconocer.

—Che, Mati, ¿algún día cambiarás la melodía del celular? —protestó Valentina, pues su hermano llevaba varios años usando *A Sky Full of Stars* como tono en su teléfono.

—Nunca. Es más, si alguna vez me caso, espero que ese día suene también... ¡Oh, miren quién es, qué casualidad! —Tras aceptar la videollamada que le estaban haciendo, procedió a saludar —: Hola, mi amor. ¿Qué tal?

—Hola —respondió Dani al otro lado—. Bien, ¿y tú por ahí?

Mateo iba a responder, pero Cris, al tratar de reprimir una carcajada, se atragantó con el vino. Desde Madrid y a través de su propio teléfono, Dani pudo escucharla cuchichear, lo suficientemente alto como para enterarse él también:

—¡Lo ha llamado *mi amor* y el otro va y ni se inmuta! —se pitorreó ella.

El leonés, haciendo un esfuerzo por ignorar el comentario y fingiendo sorpresa a medias, pues aunque sabía que Valentina se marchaba con antelación a Londres, no tenía constancia de que fuera a hacerlo acompañada, respondió:

—¿Tienes visita?

—Este..., sí, Tina y Cris vinieron a alegrarme la noche —respondió Mateo moviendo la pantalla del móvil para que las viera a ambas.

—Hola, *mi amor*... —lo saludó Valentina mientras Cris elevaba la copa hacia la cámara.

Dani, conteniéndose las ganas de responder con alguna bordería, siguió a lo suyo:



—Me he pasado por casa. ¿Recuerdas que hoy montaban los muebles del salón?

—Oh, cierto —dijo Mateo, tomando otro sorbo.

—Está quedando todo muy bien, si no hay imprevistos la semana que viene ya... —Al fijarse mejor en el gesto del argentino, Dani hizo una pausa y preguntó—: ¿Estás pedo?

Él, aparentando seriedad y compostura, respondió:

—Un poco...

Dani suspiró.

—Os lo enseño —dijo enfocando la estancia, que además del mobiliario contaba ya con varias capas de pintura, aparatos como un televisor o dispositivos de aire acondicionado y elementos decorativos.

—A veeeeer... —se arrimaron Cris y Valentina, observando la pantalla por encima del hombro de Mateo.

—Les dije que Bruno haría un trabajo excelente —afirmó la exmodelo.

—A veces cuesta hacerle entender que todo lo que propone no pega con nuestro estilo, pero bueno... —Dani siguió avanzando, esta vez en dirección a uno de los cuartos de invitados—. Mirad, esto ya está terminado.

Al ver que les estaba mostrando la habitación pensada para acoger principalmente a Marina, y ya en el futuro a sus hermanas aún no nacidas, los tres se derritieron.

—Pero qué monada, por favor... —dijo Cris.

—Quedó relinda —afirmó Mateo—. ¿Viste, Tina? Ya nos la podrán dejar siempre que quieran.

—Va a ser mucho, creeme... —respondió con una sonrisa.

—Y también está... —trató de seguir Dani, pero Mateo lo interrumpió:

—Che, no quiero ver más o no será sorpresa. Ya lo veré el domingo en persona.

—Pues sí, que no queda nada...

—¿Ya hiciste la maleta?

Dani, tratando de sonar convincente, y sobre todo al ver que aún situadas tras Mateo ellas le hacían un gesto como para que pusiera especial empeño en no delatarse, mintió:

—No, la haré mañana a última hora. Total, para lo que pensaba llevarme...

—No olvidés que tenemos la celebración con mis compañeros a la noche —le recordó Mateo.

—Que sí, ya lo sé... —respondió en tono cansino.

Cris miró a Valentina, y ya sin reprimirse le soltó:

—Están más que preparados para vivir juntos... Si es que parecen un matrimonio discutiendo por todo.

—Dos ancianitos entrañables —afirmó la otra.

Como a ellas les entró la risa floja, Mateo se giró:

—¡Callen ya ustedes dos!

—Pero si te encanta que diga eso... —replicó Cris.

—Bueno..., la verdad es que sí —se unió él a la risa tonta.

Desde Madrid, Dani aseveró:

—Anda que menuda cogorza os estáis pillando...

—Vos estate tranquilo, que ya los vigilo yo —le guiñó Valentina un ojo.

—Venga, pasadlo bien. Yo me marcho, que tengo que terminar de embalar lo que no trajeron los de la mudanza... —empezó a despedirse Dani; la pantalla les mostró que en otra zona del salón había apiladas decenas de cajas de cartón que contenían sus pertenencias—. ¿Has acabado con tus cosas?

—Casi. Lo haré mañana después del entreno.

Al escuchar aquello, Cris y Tina intercambiaron una rápida mirada que pasó desapercibida para ellos.

—No te dejes ir, que se nos echa el tiempo encima.

—¿Nos vemos el sábado? —preguntó Mateo.

—Sí —volvió a mentir Dani, quien aprovechó los últimos segundos de la videollamada para quitarse de encima la duda—: ¿Estás bien entonces?

—Divinamente —afirmó Mateo.

—¿De verdad?

Él, aparcando por un momento la juerga, le sonrió.

—De verdad —dijo con sinceridad.

—Vale. Que descanséis.

—Vos también.

Dani pudo escuchar cómo Cristina se despedía de él:

—Adiós, *mi amor*...

—Menos cachond... —empezó el defensa a protestar, pero Valentina pulsó sobre la pantalla táctil del móvil para ponerle fin a la videollamada y dejarle con las ganas.

Rozaban las once de la noche para cuando se acabaron los dulces y la segunda botella de vino, y Mateo, sintiendo que la cabeza le daba vueltas, recurrió a cuanta fuerza de voluntad le quedaba para mostrarse todo lo responsable que no había sido durante la velada:

—Chicas, lo siento, pero me voy ya... Tengo que madrugar.

—¿A qué hora es el entrenamiento? —le preguntó Cris, también más bebida de lo que había estado en muchísimos años.

—A las nueve, pero tardo casi una hora en llegar a la ciudad deportiva.

—Pues nos vamos nosotras también —proclamó Valentina incorporándose pesadamente, a fin de dirigirse a la planta baja.

Al ver cómo ellos se sostenían el uno en el otro para subir los peldaños que conducían a la alcoba de Mateo, les lanzó un último comentario jocoso:

—Tengan cuidado, que los que duermen juntos bebidos hacen cosas raras...

Cris, agarrándose bien al esbelto cuerpo del mellizo de esta, se despidió con un gesto. Una vez llegaron a la cama y se tumbó, se dio cuenta de lo mareada que estaba.

—Madre mía, qué bien me lo he pasado... Aunque no sé yo si repetiría. Menos mal que no están aquí mis hijos para verme...

—Estuvo rebién, sí —convino él una vez activó la alarma en el móvil y se tumbó a su lado.

Ambos guardaron silencio durante un rato. Afuera reinaba la sosegada calma de la noche londinense.

—Entonces, ¿en serio que nunca has besado a una mujer? —le preguntó Cris de buenas a primeras.

—Nunca. ¿Y vos, nunca besaste a un hombre que no fuera Puig?

—Nunca —respondió ella.

Se formó un nuevo silencio.

—¿De verdad? —preguntó Cris.

—De verdad. ¿Y vos?

—Tampoco.

Una tercera pausa.

—¿Querés probar?

—Pensé que no ibas a decirlo nunca...

Se recolocaron de costado y, tras cerrar los ojos, fueron acercando los rostros hasta que sus labios quedaron unidos. Se besaron lentamente, como si estuvieran realizando una maniobra de reconocimiento, pero cuando las lenguas se tocaron en un par de roces sinuosos no se pudieron aguantar la risa.

—No te lo tomés como algo personal, pero se siente como si besara a un maniquí —dijo él tras separarse.

—Y yo como si besara a un Ken gigante —replicó ella.

Se miraron a los ojos unos instantes, disfrutando de la complicidad.

—¿Será nuestro pequeño secreto?

—A la tumba nos lo llevamos —confirmó Mateo, quien tras besarla en la frente se dio la vuelta—. Que descansés, linda.

—Y tú también, cielo.

Al notar que el menudo cuerpo de Cris se acoplaba al suyo, Mateo afirmó, al notar el tacto de sus pechos contra la espalda:

—Ché, qué blanditas...

—Disfrútalas, que esta noche son todas tuyas —bromeó ella con un hilo de voz.

Y así, resguardado el uno en el calor del otro, se dejaron arrastrar por el pesado sueño de los excesos étlicos.

\*\*\*

Aquel día que acababa de empezar iba a ser, al menos teóricamente, uno cualquiera dentro de la rutina deportiva y empresarial del Westhound, pero en realidad todos sus componentes sabían bien que no era así. Y es que en el recinto de la ciudad deportiva, todos, desde los guardas de seguridad hasta los bedeles que se encargaban del mantenimiento de las instalaciones, pasando por los preparadores físicos o los encargados de administración, sabían que era el último que Mateo Vicovic pasaría en dichas dependencias.

No era que no estuvieran ya acostumbrados al ir y venir de jugadores, pues rara era la temporada en la que al menos uno no anunciaba su marcha de la entidad, pero no todos los años quien había sido el alma del equipo tras tomar el testigo de Alan Shorer como capitán se despedía no solo del club, sino de la práctica del fútbol en general. Quizás por ello, nada más llegar a donde estaba la caseta del veterano guarda que controlaba qué vehículos entraban y salían del recinto, el argentino notó algo en su forma de tratarle que rallaba en la nostalgia, tónica que se convertiría en una constante a lo largo de la jornada.

—*Buenos días, Tom* —lo saludó al detenerse junto a la cancela, afable pese a la intensa jaqueca con la que había amanecido.

—*Buenos días, Vico. ¿Preparado para mañana?*

—*Por supuesto* —contestó Mateo.

—*Tú sigue de cara al gol hasta el final.*

—*Eso siempre.*

Tras unos segundos de silencio, el hombre pareció vencer sus propias reticencias:

—*¿Sabes? Durante todos los años que llevo trabajando aquí he visto retirarse a bastantes jugadores. Siempre es triste decirles adiós, pero en tu caso es distinto, porque la huella que has dejado en la gente no se borrará tan fácilmente con el paso del tiempo.*

Mateo, con los brazos recostados sobre el volante, sonrió de corazón. Lejos quedaba el recuerdo de aquella mañana tras su salida del armario en la que aquel mismo empleado del club, con quien cruzaba «buenos días», pequeñas conversaciones y despedidas siempre que iba a entrenar, le negó el saludo.

—*Gracias.* —Tras estrecharle la mano, le preguntó—: *¿Irás a verlo al estadio?*

Mientras accionaba la barrera de seguridad para que se elevase y le permitiera el paso, el guarda respondió:

—*Por nada del mundo me lo perderé.*

Mateo se adentró en el *parking* para jugadores del que disponían las modernas instalaciones del Westhound y aparcó en su plaza. Tras comprobar de un discreto vistazo que no había nadie por los alrededores, se miró en el espejo retrovisor. Apenas hora y media antes, cuando la alarma del móvil sonó con estrépito, atinó a

arrastrarse de la cama sin despertar a Cris, y tras pasarse un buen rato remojándose el rostro con agua helada se echó a la carretera apenas desayunó algo pese a que era lo que menos le apetecía.

—Estás reviejo para tanta farra, Vicovic —se dijo a sí mismo, esperando que nadie reparase en sus ojeras.

Y así, bolsa de deporte al hombro y luciendo la equipación oficial, puso rumbo al vestuario, pero cuando estaba a medio camino recordó que antes tenía una cita a la que acudir.

Tocó con los nudillos a la puerta del despacho de su entrenador, y este, tras deducir por la hora de quién debía de tratarse, lo hizo entrar. Al acceder, Mateo vio que el portugués, quien llevaba al frente del banquillo desde antes de su llegada al club, estaba como siempre enfrascado en la lectura de la prensa deportiva tras la delgada pantalla de un ordenador.

—Buenos días, míster —lo saludó en español, idioma que ambos empleaban siempre que estaban a solas.

—Buenos días. —Señalándole la butaca que había frente a su escritorio, lo instó a sentarse—. ¿Quieres un té?

Mateo, sorprendido por tales atenciones, aceptó con la esperanza de terminar de despejarse.

—¿Para qué quería verme? —le preguntó una vez tuvo entre las manos la taza que le sirvió.

El luso, tras beber de la suya, se lo quedó mirando. Sus penetrantes ojos negros parecieron hablar antes que sus labios:

—¿Seguro que no puedo convencerte para que te quedes una temporada más?

El delantero esbozó una sonrisa; aquella era una conversación que habían tenido en un par de ocasiones desde que le comunicase su decisión de retirarse.

—Agradezco muchísimo su insistencia, pero me temo que soy de ideas fijas.

Su entrenador asintió.

—Tenía que intentarlo. —Dio otro sorbo y siguió indagando—: Entonces, ¿dejas el fútbol para meterte en política?

—No voy a meterme en política.

—Cualquier actividad que suponga intervenir en la vida de los demás es un acto político.

El argentino meditó acerca de lo que acababa de escuchar.

—Supongo entonces que sí —le dio la razón. Tras unos instantes de duda, le hizo una pregunta—: Míster, usted fue jugador antes que entrenador, ¿cierto?

—Un tanto mediocre —reconoció—, pero sí.

—¿Diría entonces que desde el banquillo se sigue viviendo el fútbol con la misma pasión, aunque no se esté en la cancha?

El luso elevó una ceja, extrañado.

—¿Estás pensando en entrenar?

—No, yo no. —Y sintiendo una tranquilidad absoluta al saber que no tenía que darle explicaciones de ningún tipo, puesto que a esas alturas era innecesario, concretó—: Dani.

Su entrenador asintió, y añadió:

—Se vive incluso con más pasión, pero no es nada fácil ser constantemente el blanco de las críticas... Y creo que en su posición debería tenerlo muy en cuenta.

Mateo, comprendiendo que se estaba refiriendo a la presión extra que por motivos personales tendría que soportar, simplemente contestó:

—Él tiene carácter para eso y más.

Viendo que poco había que añadir, tras comprobar la hora el técnico puso fin a la reunión.

—Vete, empezamos en cinco minutos.

—Sí, míster —dijo, apurando la bebida.

Cuando estaba ya sujetando el pomo de la puerta para salir del despacho, Mateo lo escuchó llamarle a las espaldas:

—Vico...

Él se giró. De nuevo aquellos ojos azabaches fijos en los suyos, intensificados por el tono moreno de la piel y las canas que, plateadas, le salpicaban los cabellos. Con su marcado acento, le dedicó una última palabra no ya de entrenador a jugador, sino de futbolista a futbolista:

—Suerte.

Mateo le dio las gracias con una sonrisa y puso rumbo, esta vez sí, al vestuario, en el que ya se encontraba la totalidad de la plantilla.

Sus compañeros lo recibieron con la algarabía habitual, y mientras dejaba la bolsa en la taquilla así como su alianza, charló animadamente con aquellos que también estaban atándose las botas o terminando de prepararse. Con varios de sus compañeros había entablado amistad, y con otros tantos tenía muy buena relación más allá de lo estrictamente profesional. Sin embargo, lo que para Mateo realmente importaba era que los restantes, aquellos con los que no terminaba de conectar, le mostraban su respeto como capitán y principal goleador del equipo, pues ese había sido, en términos personales, la tarea más complicada a la que había hecho frente como representante de la plantilla.

Juntos marcharon al campo de entrenamiento, en el que se ejercitaron antes de despedir oficialmente la temporada. Tras la musculación se dedicaron al repaso de las tácticas para el encuentro que disputarían a la jornada siguiente, aunque a aquellas alturas ya poco importaba el resultado del marcador más allá de que todos querían que Vico se luciera en su despedida.

Cuando la sesión terminó, todos formaron un corro para dedicarle un aplauso grupal, y de regreso al vestuario recibió más deseos de buenaventura, más palabras de ánimo. Tras pasar por la ducha y enfundarse ropa de calle, en lugar de regresar a casa se pasó por las demás áreas de las instalaciones, a fin de seguir despidiéndose de los empleados.

Pasaba del mediodía, y acababa de tener una última charla con la que había sido su profesora particular de inglés durante aquellos cuatro años cuando le sonó el móvil. Al ver de quién se trataba, se extrañó:

—*Hola, Steve* —dijo, saludando al encargado de la sede de la fundación—. *¿Qué tal, todo bien?*

Mateo escuchó con atención lo que este tenía que decirle, pues por lo general solo lo llamaba cuando tenía que hacerle una consulta urgente, así que aquel telefonazo, sumado a que se había pasado por las oficinas apenas dos días atrás, hizo que no se sorprendiera cuando le pidió que se personase lo antes posible.

—*Sé que es una faena, pero creo que deberías verlo por ti mismo para que podamos tomar una decisión* —se disculpó el joven.



—*Tranquilo, voy para allá.*

—*Gracias. Hasta ahora.*

—*Hasta ahora.*

Tras colgar, Mateo le mandó un mensaje a su hermana para que tanto ella como Cris supiesen que tardaría en estar de regreso y se dirigió al coche. Una hora después, tras cruzar el Támesis por el puente de Lambeth, aparcó en la plaza que tenía reservada cerca de la sede. Mientras deshacía a pie los pocos metros que lo separaban de su destino se dejó encandilar por la apacibilidad del barrio, próximo a aquel en el que durante todo ese tiempo había residido; situado, eso sí, al otro lado del río. Diciéndose que iba a echar terriblemente de menos aquella ciudad en la que se había reinventado a sí mismo pese al clima, las dificultades a las que allí había hecho frente y los malos recuerdos a estas asociadas, se dispuso a acceder a las oficinas.

Se encontraban en la primera planta de un edificio erigido al uso de los de aquel sector de Londres: fachada de ladrillos rojos con grandes ventanales y pórtico revestidos en blanco, en una combinación de modernidad y tradición arquitectónica. Una placa metálica identificaba el enclave, y nada más acceder al interior se sintió satisfecho, esperanzado. En apenas tres años Alejo y él habían levantado aquel entramado humano partiendo de la nada, y gracias a los esfuerzos del personal tres delegaciones habían sido inauguradas en los últimos meses, situadas respectivamente en Liverpool, Dublín y Edimburgo.

En sus planes estaba abrir próximamente otra en Madrid y de ahí dar el salto a Buenos Aires, pero por lo pronto debía centrarse en dejar atados todos los cabos en la central. Así que subió por las escaleras hacia el primer piso y entró.

Contaba con hallar la amplia oficina inmersa en el ritmo habitual de trabajo: el personal repartido entre teléfonos y ordenadores, ya fuera atendiendo a quienes habían solicitado asesoramiento telemática o presencialmente, coordinando actividades con centros deportivos y educacionales, diseñando campañas y un sinfín más de asuntos, pues cada jornada era imprevisible. Pero lo que para nada esperaba encontrarse allí era, además de a los oficinistas, a su familia y amigos íntimos.

—¡Sorpresa! —clamaron estos al unísono.

Mateo se quedó clavado en el sitio. Aunque de pronto comprendió por qué Tina y Cris habían llegado a Londres antes de lo previsto y le alegró sobremanera distinguirlas junto a Dani, Sergio, Joan y Puig, así como a los hijos de este y a Marina, lo que hizo que se le saltaran las lágrimas fue el darse cuenta de que también ahí, y sin que hubiera tenido el menor conocimiento al respecto, estaban su hermana Leti, su cuñado y sobrinos, pero, sobre todo, sus padres.

Hasta ellos fue, y sin demorarse ni un segundo acudió raudo a abrazar a Cecilia.

—Che, *ma*, bien engañado me tuvieron —le dijo mientras la llenaba de besos, pues habían acordado verse directamente en España.

—¿Pero cómo nos lo íbamos a perder? —dijo Carlos.

Mateo abrazó esta vez a su padre, y mientras lo hacía, de pronto se dio cuenta de hasta qué punto aquella jornada, pero sobre todo la venidera, iba a ser emotiva para él.

—Ay, Mateo, ¡bien linda quedó tu oficina! —exclamó Cecilia.

—No es mía, es nuestra —concretó refiriéndose a los miembros de la sede que estaban presentes—. Luego se las muestro mejor.

Su hermana mayor lo estrechó con todas sus fuerzas, y se quitó las gafas de montura al aire para secarse las lágrimas.

—Que no se vuelva a repetir que estemos tanto tiempo sin verte —dijo ella.

—Te lo prometo —le aseguró el delantero, teniendo el mismo gesto con Emilio para a continuación quedarse asombrado con sus dos sobrinos, que se le agarraron a la cintura—. ¡Pero cuándo crecieron tanto ustedes dos!

Adrián, el mayor, quien contaba ya casi con diez años, sonrió feliz por el reencuentro, pues ambos tenían una afinidad especial. Marina, pese a haberle visto por última vez hacía bastante menos tiempo que sus primos, se les unió.

—Mati, ¿tú trabajás aquí? —le preguntó la niña con su pintoresco acento, mezcla de acento castellano con modismos argentinos.

Él, tras coger en brazos a Abel, el más pequeño, respondió:

—A veces, pero quienes trabajan aquí bien duro son mis compañeros.

Ella lo tomó de la mano y tiró en dirección opuesta al tiempo que indicaba:

—Te hicimos un dibujo.

—¡Nosotros ayudamos también! —exclamaron Andrei y Nikolai, entusiasmados.

Al verlo rodeado de chiquillos, Emilio trató de disuadirlos:

—¡Pero dejen al tío que siga saludando!

Mateo le hizo un gesto como diciendo que no pasaba nada, y mientras se dejaba llevar por los niños cruzó una mirada con el capitán del Juventud.

—Que conste que yo también ayudé, ¿eh? —rio Sergio tras besarle en la mejilla, señalando hacia la pancarta—. Me hicieron responsable de colocarla por eso de que no necesito escalera. Menos mal que no te lo pidieron a ti, ¿eh, Pon?

—No dejas pasar ni una para meterte conmigo —protestó Puig, quien a continuación tuvo el mismo gesto para con él—. ¿Cómo estás?

—Ahora que los tengo a todos acá, mejor que nunca. Quizás aún un poco resacoso... —añadió en voz baja mientras le guiñaba un ojo a Cristina.

—No sé de qué me hablas... —replicó ella—. ¿Verdad, Tina?

—Ni idea... —convino la otra organizadora entre las sombras del festejo, dichosa por ver que el plan había salido a la perfección.

Para cuando los niños hubieron terminado de explicarle que el dibujo lo representaba a él con el balón y la equipación del Westhound en el estadio, y que los monigotes del fondo con los brazos en alto eran ellos, sus respectivos padres los convencieron para que empezasen a comer algo de todo lo que había dispuesto en una de las mesas, consiguiendo, de paso, liberarle.

—No sabes la de hilos que hemos tenido que mover para estar hoy aquí, *rubiales* —lo saludó Joan con un abrazo.

—El que sí que no ha podido escaparse antes ha sido Álvaro —le dijo Dani por último—. Mis padres vienen con él y Aitor mañana a primera hora, Amaya estará cubriendo el partido.

El delantero argentino le rodeó la cintura y lo besó. Nunca se había sentido tan respaldado por los suyos.

—*Mateo, perdona...* —lo llamó discretamente Steve, quien se había encargado de hacer de cebo—. *Ya que estás aquí, ¿miramos un par de asuntos antes de que nos vayamos?*

—*Sí, claro. ¿Pero cómo que os vais, no os vais a quedar?* —respondió, separándose lentamente del capitán del Juventud para atenderle—. *Gracias por esto, seguro que también habréis tenido mucho que ver.*

El personal de la sede rio, dándole a entender que sí que se habían involucrado a la hora de organizar aquella celebración en *petit comité*.

Mientras los demás charlaban animadamente o, como en el caso de Valentina, empezaban a atacar las bandejas de aperitivos, Carlos y Cecilia observaban a su hijo, encontrando tan extraño como encantador escucharle hablar en otro idioma. Dani, diciéndose que sus suegros debían de estar cansados tras el largo viaje, se acercó a ellos.

—¿Por qué no se sientan un rato? —les propuso.

El matrimonio asintió, y le agradecieron que les hubiese traído dos de las sillas para visitantes con las que contaba el lugar.

—Daniel —lo llamó Carlos—, ¿vos conocés bien esto?

—¿Se refiere a la sede? —le preguntó, tratándolo de usted tal y como acostumbraba.

—Sí. Exactamente, ¿qué hacen acá? —dijo el patriarca de los Vicovic, puesto que si bien Mateo les había contado que cuando dejara el fútbol iba a dedicarse en exclusiva a su labor en aquella entidad, ninguno de los dos tenía demasiado claro su funcionamiento.

Dani elevó las cejas, cuestionándose si no sería mejor que fuese el propio Mateo quien procediera a las explicaciones. Sin embargo, sabiendo que aunque la relación padre-hijo había mejorado muchísimo todavía distaba de ser idílica, allanó el camino:

—Lo que hacen aquí es asesorar a gente joven que busca ayuda —trató de resumir con palabras sencillas—. Si alguno se ha sentido discriminado en su equipo de fútbol, en clase o en casa, estas personas hacen todo lo posible para que mejore su situación. A

quien lo necesite le dan apoyo psicológico o un lugar donde vivir. También dan charlas en escuelas, asociaciones deportivas y sitios por el estilo.

—¿Un lugar donde vivir...? —preguntó Cecilia, sin terminar de entender.

Dani, diciéndose que de nada servía dar rodeos, fue directo:

—A veces llegan chicos y chicas que se han quedado en la calle después de que sus familias los hayan rechazado... La fundación tiene pisos comunitarios en todas las ciudades donde hay una sede para alojarlos y tutelarlos.

Carlos tomó aire profundamente y dejó la mirada perdida en un punto indefinido, al comprender el trasfondo de lo que acababa de oír; cómo su hijo, tomando de base su propia experiencia personal, había buscado la manera de ofrecerles una alternativa a los que en la actualidad sufrían el mismo percance.

—Y toda esta gente... ¿Mateo es su jefe? —atinó a seguir preguntando.

Dani desvió la mirada hacia donde el delantero conversaba con los demás activistas.

—A él no le gusta referirse a ellos como «sus empleados», sino como «su equipo» —concretó—. Reciben un salario, pero, ante todo, comparten con él las mismas ideas y tienen objetivos en común.

—Entonces, les está dando trabajo...

Dani asintió, y agregó, paciente y afable:

—Él me contó una vez que usted siempre le decía que uno no debería tener más de lo que necesita. Así que, de una forma u otra, esta es la manera que Mateo tiene de poner en práctica lo que usted le ha enseñado.

Carlos asintió de un cabeceo y guardó silencio, demasiado estoico como para reconocer que aquello le había emocionado. En cuanto a su mujer, miró con afecto a su yerno y le dijo:

—Sé que vos lo ayudarás en los momentos difíciles... Mateo es bien luchador, pero nadie gana las guerras sin un buen consejero.

Dani esbozó una sonrisa, y sintiendo que en verdad le estaba prometiendo a Cecilia que cuidaría de él en esa nueva andadura, respondió:

—Lo haré.

El aludido, tras acabar la improvisada reunión y convencer a los ingleses para que se tomaran el resto del día libre, se unió a ellos. Iba a preguntarles de qué estaban hablando, a fin de integrarse en la conversación, cuando Marina irrumpió y acabó sentada en el regazo de su abuela.

—Gran trabajo el que hacen acá... —comentó Carlos.

Mateo, sorprendido por el elogio, replicó:

—¿Y cómo, ya les explicaron?

—Daniel nos contó.

El delantero giró el rostro para mirar a este último; con una sonrisa de agradecimiento, lo besó en los labios. Su sobrina, quien los observaba atentamente, preguntó de pronto:

—¿Los abuelos van a ir a ver mi habitación en la casa nueva?

—Claro que sí, nena, ¿pero vos ya la viste? —respondió Mateo.

—Y tanto que la ha visto... Se la habré enseñado como seis veces —concretó el capitán del Juventud.

Carlos y Cecilia le aseguraron a la niña que por supuesto que lo harían, y Mateo, al reparar en lo que acababa de ocurrir, se agachó para quedar a la altura de su sobrina y dijo, orgulloso:

—¿Sabes qué, mi vida? Sos mi inspiración... Hasta que llegue el día en que todo el mundo tenga la mentalidad tan abierta como vos y no se escandalice al ver que le doy un beso a tu tío Dani, no voy a parar.

Al oír aquello Carlos se sintió azorado, pues él sí que había tenido el acto reflejo de apartar la mirada al presenciarlo. En cuanto a la niña, que no entendía qué había hecho o había dejado de hacer, siguió indagando en lo que le interesaba:

—¿Y vas a venir con nosotros a Madrid?

—Sí, y ya no me iré.

—¿Me lo prometés? —insistió Marina.

—Te lo prometo. ¿Ya viste también la piscina del jardín?

—¡Sí! —exclamó entusiasmada.

—¿Tenés piscina? —se acercaron a curiosear sus dos sobrinos al oír la palabra mágica.

Mientras los demás chiquillos se les unían y empezaban a parlotear acerca de lo que iban a hacer en su jardín aún sin

estrenar, Dani se dijo para sus adentros, resignado, que más le valía hacerse a la idea de que aquel año con lo que menos iba a contar en sus vacaciones era tranquilidad.

—Papá, ¿podemos ir nosotros también a la piscina de Dani y Mateo? —preguntó Andrei.

Puig, con algo de apuro, atinó a responder:

—Pero si ya tenemos una en casa...

—Ya, pero a esa no hemos ido nunca y además están ellos —afirmó Nikolai, mencionando a sus amigos.

—Pueden venir siempre que quieran —afirmó Mateo, encantado ante la perspectiva de tener tantas visitas.

Y mientras Leticia, Emilio, Sergio y Valentina se unían a la conversación, recalcando a su vez, sobre todo esta última, cuánto partido le iban a sacar a dicha instalación acuática en los calurosos días del verano madrileño, Joan y Cris permanecieron junto a una de las ventanas de la oficina, desde la que se tenían buenas vistas de aquella calle que conducía al popular Museo Imperial de la Guerra.

—¿Cómo es que no te has traído al maromo? —preguntó ella; aunque estaba empezando a remitir, la cefalea que la acompañaba era tal que se había prometido a sí misma no volver a tocar el alcohol en una buena temporada.

Joan, como si la cosa no fuera con él, se encogió de hombros.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Pues no sé..., quizás porque un viajecito juntos es lo que suelen hacer las parejas —dejó caer Cris.

El delantero catalán le apartó la mirada para dejarla fija en el paisaje urbano, sintiéndose un tanto molesto.

—No estoy en esa onda con él —replicó en tono seco.

Cris, terminando de comprobar que su amigo no estaba de buen humor precisamente, trató de rebajar la tensión:

—No te enfades, *cariynet*. Es solo que... No sé, desde que me dijiste que estabas saliendo con Óscar, no te veo especialmente animado.

—Qué pesados sois Dani y tú, *collons* —se quejó Joan—. Que no vaya dando saltitos de alegría y dejando arcoíris de purpurina a mi paso no quiere decir que nos vaya mal.

La fisio, viendo cómo podía bajarle los humos, se hizo la interesante:

—Si me dices entonces qué demonios te pasa, te cuento un secretito...

Intrigado, suspiró y se sinceró:

—Es Mateo.

Cris, mosqueada, insinuó:

—¿Cómo que Mateo? ¿Pero no habías dejado todo eso atrás?

Él se apresuró a explicarse:

—No, no me refiero a eso —recalcó, en referencia a las rencillas que por cuestiones sentimentales en el pasado albergase hacia el argentino—, sino a que... Joder, que se retira mañana y está tan ancho. Me pone de los nervios...

—Joan, que de puertas para fuera esté entero no quiere decir que la procesión no vaya por dentro.

El de Terrassa asintió de un cabeceo, dándole la razón.

—Ya, ya lo sé... Pero me hago a la idea de lo duro que tiene que ser estar en su lugar y, qué quieres que te diga, verlo así me irrita.

—Habla con él. Quizás lo necesite más de lo que crees.

—¿Para qué? ¿Para que me coma el tarro y me pida que me involucre en más proyectos?

—Pues mira, no estaría mal, a ver si te mojas un poquito —se la devolvió ella sin dejarse achantar por sus malas pulgas.

Él hizo un mohín como dándole el sí del loco, y al reparar en cierto asunto la miró con los ojos abiertos de par en par.

—Oye, no te hagas la sueca y suelta prenda, que yo ya te he contado lo mío.

Cris, echando una discreta mirada al grupo para comprobar que seguían inmersos en una animada y caótica charla a varias bandas, le dijo al oído:

—Anoche él y yo nos besamos.

—¿Él, quién? ¿El rubiales? —se asombró Joan.

Ella, no sin cierta autosatisfacción, asintió.

—Un par de copas de más y curiosidad mutua, ya ves...

—¿Y qué tal?

—Pues quitando el que es muy raro besar a alguien con quien tienes química sexual nula..., muy bien, la verdad. —Sobreactuando



como si se diera aires, añadió—: Que me quiten lo *bailao*.

—No, si al final por gilipollas voy a acabar arrepintiéndome de no habérmelo tirado la última vez que vine a Londres fuera de campeonato —masculló Joan. Ante la cara que puso Cris al escuchar aquello, cuchicheó, justificando—: ¿Qué? En ese momento los dos estábamos solteros y resentidos por el mismo tío, hubiera sido una buena manera de limar asperezas.

—*Mmm*, tú y Mateo... —empezó a fantasear Cris.

—Si es que no sé para qué alimento a la mariliendre que hay en ti —se quejó Joan—. Vuelve del *planeta gayer*, anda.

La joven se rio y lo instó a que tratase de disfrutar de aquella inusual escapada en la que estaban inmersos:

—No seas cabezota y habla con él, anda... Pero si Mateo te aprecia un montón.

—Pues no veas qué cabronazo puede llegar a ser cuando está de malas...

—Por algo nuestro amigo Daniel está coladito por sus huesos, ¿no? Dudo que le vayan los pánfilos. No siempre los polos opuestos se atraen.

Joan esbozó una sonrisa, diciéndose que si Cris estuviera al tanto de todas las conversaciones que había tenido en privado con Dani y conociera mejor sus inseguridades, se le caería un pequeño mito.

—¿Ya estás de mejor humor?

—Sí —dijo él.

—¿De verdad?

—Que sí... Pero que sepas que me siento ofendido por que te hayas pegado el lote con él. A mí no me tendrías que haber emborrachado para eso, que no es infidelidad.

Cris volvió a reírse, y tras plantarle un beso en la mejilla fue a por un par de canapés. Joan se quedó ahí, y con cierta envidia sana vio cómo le llevaba uno a Puig y se reunía con él, acaramelados como era habitual. Aunque intentó no darle muchas vueltas, la pregunta que su amiga le había hecho, y sobre todo la respuesta que le había dado, no dejaba de rondarle.

«No estoy en esa onda con él».

Y cuestionándose si realmente estaba en algún tipo de onda con quien se suponía que era su novio, más allá de lo fácil que era meterlo en su cama cada vez que le apetecía, hizo el esfuerzo de unirse a los demás y socializar.

La celebración transcurrió sin sobresaltos, más allá de la llegada un par de horas más tarde de Alejo y Sofía. Con la presencia de quien había sido representante del argentino desde los inicios de su carrera, y no solo eso, sino también uno de sus admiradores más acérrimos por la pasión con la que vivía el fútbol, las anécdotas con Mateo de protagonista empezaron a discurrir sin ton ni son. Fue en concreto la uruguaya quien estrenó la ronda:

—En todos los años que llevamos juntos —empezó a decir Sofía—, que por cierto ya son unos cuantos...

—Pues si empezaron casi al mismo tiempo que nosotros —recordó el delantero, ya que Alejo y él se habían puesto al tanto de sus estados sentimentales de forma prácticamente simultánea—, van para seis.

—En seis años —retomó ella la palabra—, solo lo vi llorar como un niño una única vez: cuando Argentina ganó su segunda Copa del Mundo consecutiva con el gol de Vico en tiempo de descuento.

—Aparte de la emoción por la albiceleste, sentí que fue la culminación de toda una vida dedicada al fútbol —dijo Alejo con nostalgia, para a continuación puntualizar—: Tanto por parte de él como mía. Este..., ¿saben que el día en que firmó su primer contrato con Federal llevaba puestos unos *jeans* que le presté? —dijo Alejo.

—Che, flaco, seguro que aún te servirían... No engordaste un gramo en todos estos años —rio Mateo.

—Ni engordé ni más pelo me creció —convino este mientras se frotaba el cráneo rapado para disimular la calvicie.

—Hablando de toda una vida dedicada al fútbol —intervino Emilio—, ¡aún recuerdo la primera vez que fui a verte a jugar, cuñado!

Leticia hizo memoria:

—Fue aquel encuentro entre los juveniles de Federal y Palermo. —Mirando a su marido, le preguntó—: ¿No fue nuestra segunda cita?

—La tercera —corrigió Mateo a su hermana mayor—. Me pediste los boletos.

—Cierto —asintió Emilio—. Vos tenías cuánto, ¿trece años? Me dejaste impresionado, ¡ocho tantos marcaste!

—Oh, de chiquito, cuando jugaba al fútbol en el barrio, los demás no conseguían quitarle la pelota —aportó Cecilia de su cosecha—. Iba con ella a todas partes.

—Y en el bar de Maffasanti se hacían apuestas de cuántos toques seguidos iba a darle sin que se le cayese al suelo —recordó Carlos.

—¿Ese no fue el que te puso el mote? —le preguntó Dani a Mateo.

—Ese mismo... ¡Pero paren ya! —pidió, abrumado por el rescate colectivo de tantos buenos momentos.

—Sí, hombre, ahora que se pone interesante —afirmó Sergio.

Puig se quedó mirando a su viejo amigo y recordó otra anécdota:

—¿Te acuerdas de que cuando fichó por el Juventud montaste una apuesta en el vestuario sobre si era o no un divo?

Al escuchar aquello, el espigado defensa se empezó a reír.

—¿Cómo que divo? —fingió indignación Mateo.

—Pues que sepas —se la devolvió Sergio— que tus rastros excompañeros de equipo apostaron a que sí lo eras, todos menos el pasota del *capi* y aquí el menda. Siempre tuve la sensación de que me ibas a caer bien.

—Sobre todo desde que se enteró de que tenía cierta melliza... —insinuó Puig.

—La hermanísima —afirmó Sergio, aprovechando para situarse detrás de la mencionada y abrazarla dejando las manos sobre su abultada barriga.

—Yo sí que puedo contar historias —dijo Valentina mientras correspondía al gesto y colocaba sus manos encima de las de él—. ¿Saben que Mati me telefoneó de madrugada la noche en que conoció a Alan Shorer porque no podía dormir de la emoción? Como un nene de párvulo.

Su hermano se sonrojó ligeramente, abochornado.

—¡Callate, boluda!

—¿Por qué avergonzarse de haber conocido al ídolo? ¿O tanto dolió el amor platónico? —siguió chinchándolo Valentina.

—Y hablando de amores que duelen... —recuperó Sergio el turno de palabra—: Dani, cuenta lo de la final de Champions.

—¿El qué? —replicó este—. ¿Cómo la liamos parda en las televisiones de medio mundo?

—No, hombre, no. Aunque esa es insuperable... —admitió Sergio—. Lo que te echó en cara ya en frío.

Dani recordó entonces, y no sin cierto apuro miró a Mateo antes de compartir con los demás la anécdota:

—Desde que se fue del Juventud, siempre que hemos coincidido en alguna competición para mí ni es Mateo ni nada, es el Vico de los c... —Se contuvo el calificativo malsonante al ver que los chiquillos lo miraban con atención—. De las narices, y hay que pararlo como sea, porque como se te cuele en el área, estás perdido.

Al deducir qué era lo que iba a contar, Mateo se rio.

—Pues aquella vez en París como que estábamos los dos muy metidos cada uno en su papel —siguió Dani—, porque le hice una entrada que no sé cómo no acabó en amarilla, pero el muy burro se levantó y siguió corriendo como si nada. De hecho, no nos marcó gol porque dio en el poste... Y cuando nos volvimos a ver un par de días después...

—... ni lo saludé, lo primero que hice fue remangarme la pernera y enseñarle el maratón que me dejó —terminó Mateo por él.

—Si es que los cardenales tenían las marcas de los tacos de mis botas —rememoró Dani, no demasiado orgulloso de semejante «logro».

Joan se acercó a Cris y le cuchicheó al oído:

—Seguro que no ha sido la única entrada dura que le ha hecho...

Ella se aguantó la carcajada. En cuanto a él, viendo que era de los pocos que aún no se habían pronunciado, dijo:

—No sé si soy el único a quien se lo hace, pero cada vez que tiene la ocasión aprovecha para cebarme...

—¿Qué es cebar? —le preguntó Abel a su madre.

—Darle de comer mucho a alguien —respondió esta.

—En verdad fue mi estrategia secreta estos años para que no superases mis registros, Joan —bromeó Mateo.

—Pues sí, porque aunque me fastidie lo suyo, no ha habido manera de arrebatarte la Bota de Oro —respondió, mencionando el codiciado trofeo que cada año reconocía al mayor goleador de todas las ligas profesionales europeas—. No podrás quejarte, has tenido una carrera para quitarse el sombrero. Y no soy de elogiar a la competencia.

La aún estrella del Westhound esbozó una sonrisa. Aquellas palabras significaban mucho para él, sobre todo por venir de quien lo hacían.

—Tuve la mejor carrera que pude desear —afirmó.

—Y gracias a ello, conociste a todas estas personas que están hoy acá —dijo de pronto su padre—. Eso es lo más valioso que el fútbol te dejó, hijo.

Mateo asintió y afirmó:

—Mis dos familias juntas acá para verme decirle adiós a los estadios... Eso nunca lo voy a olvidar.

—¿Cómo no íbamos a venir? —replicó Cris, quien junto a Valentina era la responsable de todo el cacao organizativo que había detrás de aquel desplazamiento conjunto.

—Y mañana llegan los que faltan, no lo olvides —le recordó su melliza.

Pasándole un brazo por los hombros a cada una, les dijo a ambas:

—Gracias, chicas... Me hicieron muy feliz.

Ellas intercambiaron una sonrisa, como felicitándose la una a la otra por haber completado la misión con éxito.

Carlos, con la mirada puesta en los mellizos, de nuevo se pronunció:

—Valentina, lo que hiciste por tu hermano fue hermoso —afirmó—. Hubo un tiempo en que ustedes dos me hacían perder el juicio, pero... en verdad me enseñaron una lección: siempre tan unidos, en cualquier circunstancia.

—Tranquilo, *pa...* Seguro que pronto te voy a comprender cuando las nenas me den también lecciones y dolores de cabeza.

—Tenés que descansar, ¿me oís? —la regañó Cecilia.

—De hecho —intervino Mateo—, de nuevo les doy las gracias por esta sorpresa, pero los que recién llegaron de la Argentina

deben de estar cansados y los chicos necesitan energías para pasarla rebién mañana, así que... ¿les parece si ya nos marchamos? Además, aún tengo que empacar...

—Te dije que no lo dejaras para última hora... —lo amonestó Dani.

—Este... Es que anoche me tuvieron ocupado —se excusó él.

Todos parecieron conformes, y empezaron a adecentar la oficina antes de marcharse al hotel donde iban a alojarse. Mientras devolvía una silla a su escritorio, Dani se le acercó:

—¿Voy contigo y te echo una mano?

—Contad conmigo también si hace falta. Total, no tengo nada mejor que hacer... —se ofreció Joan, único adulto de entre todos los presentes que había viajado sin pareja.

Mateo sonrió.

—Y yo que pensaba que iba a pasar solo mi última noche en la casa...

—Si lo prefieres, en cuanto hayamos terminado nos volvemos al hotel y te dejamos tranquilo.

Joan le metió una colleja.

—Sí, claro, seguro que prefiere dormir solo en vez de contigo... ¿Tú estás tonto o qué?

—Joder, últimamente tienes la mano muy larga, ¿eh? —se quejó Dani frotándose donde le había pegado.

Una vez el minibus que llevaría a los visitantes al alojamiento estuvo esperándolos en el exterior del edificio, procedieron a despedirse hasta la jornada siguiente. Cuando el vehículo se alejó por Lambeth Road, Mateo les hizo un gesto a Dani y Joan para que lo siguiesen hasta el *parking*.

—También podemos salir si lo prefieren... —insinuó.

—Déjate de más juergas, anda, que mañana es un día importante —descartó el leonés rápido la propuesta.

Poco después, una vez hubieron cruzado el puente de Vauxhall en dirección a Pimlico, recalaron en la que seguía siendo la residencia londinense del delantero.

—Qué raro verla así... —se asombró Joan una vez dentro, pues la casa estaba, a excepción de unos pocos muebles, totalmente vacía.

—Ya te digo, y porque no has visto la mía... —respondió Dani—. Esta mañana, antes de salir para el aeropuerto, me quedé un rato mirándola y tuve la sensación de que aunque seguía reconociéndola, era como si no hubiese estado viviendo catorce años ahí.

Los tres guardaron silencio unos segundos, hasta que Mateo, como recordándoles que era mejor quitarse la faena de encima cuanto antes, indicó:

—Hay que empacar ropa en el vestidor y los utensilios que siguen en la cocina.

—¿Pero de verdad te lo vas a llevar todo? —se escandalizó Dani—. Si puedes comprar nuevos...

—Hay que protegerlos para que no se estropeen, allá hay plástico de burbujas —añadió Mateo, dejándole bien claro que justo en eso no estaba dispuesto a ceder.

Él, sin demasiado entusiasmo, claudicó:

—Me pongo con la cocina entonces.

—Dale. Iré yo a lo de arriba.

Joan, al ver que se le ofrecía en bandeja una oportunidad para llevar a cabo lo que Cris le había insistido que hiciese, se unió:

—Voy contigo.

Se dirigieron a la planta superior, tan hueca o incluso más que aquella que acababan de abandonar. Accedieron al vestidor, en cuyo suelo había varias cajas de cartón listas para albergar las prendas que seguían dispuestas en perchas, estantes y cajoneras.

—¿Es toda tu ropa? —preguntó Joan.

—No, solo la que dejé hasta el último momento por si acaso. La demás ya la llevaron los de la mudanza a Madrid.

—Pues que sepas que tu *reserva de última hora* casi equivale a todo lo que tengo yo —se asombró el catalán.

Mateo, mientras se agachaba para abrir una de las cajas y empezar a llenarla, simplemente se encogió de hombros al tiempo que decía:

—Me gusta la moda.

Por espacio de varios minutos Joan se dedicó a doblar camisas y embalarlas, deteniéndose de vez en cuando en alguna prenda para admirarla.

—Oye, Mateo... —se decidió por fin a hablarle.

—¿Sí?

—De delantero a delantero, dime la verdad: ¿no estás amargado? Por colgar las botas, quiero decir.

El argentino, con un par de Oxfords negros en las manos, se sorprendió ante tal pregunta.

—Si te referís a si siento tristeza por saber que no volveré a jugar a alto nivel..., che, claro que sí —afirmó mientras guardaba los zapatos en una funda y los metía en la caja—. Nada sustituirá a lo que se siente en la cancha.

—No es solo eso, es... —Buscando las palabras adecuadas para expresarse, Joan concretó—: La impotencia por perder de buenas a primeras lo que realmente se te da bien.

Mateo, poniéndose serio, le miró a los ojos mientras Joan seguía exponiendo sus argumentos:

—Toda la vida dejándonos la piel en esto, ¿para qué? ¿Para vernos con treinta y pocos sin poder dedicarnos a lo único que sabemos hacer? Sé que es inevitable, y creía que al tomar yo también la decisión de retirarme al final de la temporada que viene iría mentalizándome, pero...

—No será más fácil aceptarlo a medida que se acerque la fecha —le dijo Mateo—. Al contrario. Será peor.

—Entonces, ¿cómo es que estás tan entero?

Mateo sonrió y respondió:

—Tengo dos opciones: o me encierro en algún lugar oscuro durante meses para compadecerme de mí mismo, o me vuelvo a levantar y sigo adelante. Y yo ya no pienso volver a ningún *closet*, ni siquiera metafórico.

Joan asintió, con la mirada fija en la camisa que estaba sosteniendo.

—Qué chula es esta... —murmuró.

—¿Te angustia pensar en tu retirada? —le preguntó Mateo.

El catalán asintió.

—Lo superarás —afirmó el aún capitán del Westhound—. Y encontrarás qué hacer a continuación.

—¿Y si no lo hago? ¿Y si yo sí que prefiero meterme en ese armario metafórico? Total, para lo que me ha servido salir del otro...



—Che, no me dirás ahora que te arrepentís de haber salido del *closet*...

—Ya ves... Desde que lo hice follo con más tíos y no hay partido en el que no me llamen maricón desde la grada, pero de resto...

Mateo, sin saber demasiado bien cómo despejar esa nube negra que podía ver flotando sobre los hombros de su amigo, le dijo lo único de lo que realmente tenía certeza:

—Pues si preferís meterte en ese armario metafórico, ya nos encargaremos los que nos preocupamos por vos de sacarte cuando haya pasado un tiempo prudencial. —Haciendo además de retomar la faena, lo alentó a hacer lo mismo—: Si tanto te gusta, para vos.

—¿El qué, la camisa? No, *collons*, lo que me faltaba, tener ropa tuya...

—Ya compartimos *mucho* vos y yo —insinuó, en referencia a que ambos se habían acostado con Dani—. ¿Qué más da un poco más?

Joan, riéndole a medias la gracia, negó con la cabeza mientras seguía doblando más prendas:

—Si es que nadie me cree cuando digo que eres un cabronazo mezquino.

—Y bien que te gusta que lo sea...

—Mucho, sí.

—Por cierto..., ¿Óscar qué dice de todo esto?

Joan, con el ceño fruncido, respondió, seco:

—¿Y qué va a decir?

Mateo, viendo que no iba a sonsacarle mucho más, simplemente añadió:

—A ver si me lo presentás pronto.

Siguieron embalando lo que quedaba en el vestidor, con la salvedad de las prendas que Mateo apartó para hacer la maleta que llevaría consigo a Madrid. Para cuando estuvieron de regreso en la planta baja, el sol empezaba a ponerse.

—Ya está. —Dani señaló las cajas que había llenado—. ¿Falta algo más?

—No. ¿Viste? Tampoco era para tanto.

—Si tú lo dices... —suspiró el leonés.

Joan, viendo que ya poco quedaba por hacer, insinuó que era hora de marcharse:

—¿Me pides un taxi? —le dijo al argentino.

—¿Pero cómo te vas a marchar tan temprano? —replicó el argentino—. Podemos ordenar algo para cenar los tres.

—¿Seguro? ¿No preferís estar a solas?

—Ya tendremos todo el tiempo del mundo a partir de ahora para estar a solas —terminó de convencerlo Dani.

Joan claudicó, y un par de horas después, tras compartir los platos que Mateo encargó en su restaurante hindú favorito, acabaron repantingados en el sofá que, junto con el televisor, destacaba incluso más en el salón por el vacío general que acusaba dicho espacio. Para su regocijo, en una cadena que únicamente emitía fútbol estaban poniendo, dentro de su programación destinada a rescatar partidos de interés, el España-Argentina que habían disputado un año atrás.

—Menudo pique teníais, ¿eh? —comentó Dani, recostado con las piernas de Mateo apoyadas sobre las suyas; por su parte, Joan ocupaba el *chaise longue* al otro extremo.

—¿Cómo pude fallar ese remate? —se reprochó este último.

—Bien sólida teníamos la defensa —se jactó el bicampeón del mundo.

—Quién nos iba a decir que esa iba a ser la última vez que coincidiríamos los tres en un mismo partido... —dijo de pronto Dani—. Bueno, los cuatro, que me dejo a Sergio atrás.

Como si aquella afirmación hubiese dado un mazazo al hasta ese momento distendido ambiente, se formó el silencio, y en silencio continuaron viendo el encuentro con esa mezcla de autocrítica, extrañeza por contemplarse en la pantalla y recuerdos auspiciados por las imágenes en movimiento, hasta que la grabación llegó a su término con el empate a uno que reflejó el marcador.

Dani miró primero a quien había marcado para Argentina, a continuación a quien lo había hecho para España, y se dio cuenta de que si habían estado tan callados durante al menos la última media hora, era porque se habían quedado fritos.

—Mateo... —lo llamó suavemente. Como no respondía, le hizo cosquillas en los pies.

Este se movió e hizo ademán de recolocarse en el sofá, pero Dani no se lo permitió:

—Vamos a la cama, anda. —Al ver que Joan estaba lo que se decía a gusto, le preguntó—: ¿Qué hacemos, lo dejamos aquí?

Mateo, adormilado, atinó a responder:

—Ahora le traigo una manta... Ve subiendo vos.

Dani así hizo, y mientras el argentino iba a la planta baja a rescatar la colcha que la noche anterior había usado su hermana, se desvistió y se quedó tumbado en el lecho, mirando hacia la ventana de la buhardilla.

—Que conste que no estoy insinuando nada —dijo en cuanto vio que Mateo se le unía.

Este rio suavemente al constatar que salvo la ropa interior no llevaba nada puesto, y lo imitó.

—Tranquilo, me temo que hoy de mí mucho no vas a conseguir...

—Quién te manda a pasarte con la bebida... Fijo que aún tienes resaca.

Mateo se recostó a su lado, resguardándose entre las sábanas.

—No estuvo nada mal todo lo que vivimos acá en Londres, ¿cierto? —musitó con un hilo de voz.

—Nada mal, no...

—Y justo acá me diste el anillo... —rememoró. Al hacerlo, cayó en cierto detalle—: Este..., ¿te puedo pedir un favor?

—Claro.

Tras sacarse la alianza, se la tendió.

—¿Me la podés guardar? Mañana será una locura en el vestuario, no quiero perderla.

Dani, conocedor de la prohibición de disputar partidos llevando joyas puestas —aunque cada vez fueran más los jugadores que se la saltaban— y del desmadre que se desataría una vez terminado el encuentro, aceptó. Tras tomar el anillo, se lo colocó en el anular derecho.

—Pero como alguien de la prensa empiece a sacarme fotos y a especular, sales tú a desmentir los rumores, ¿eh?

Mateo apoyó el rostro sobre su pecho, dispuesto a conciliar el sueño y levantarse a la mañana siguiente como una rosa, pero se quedó con los ojos abiertos en la penumbra, incapaz de dejar aparcado cierto asunto. Diciéndose que estaba haciendo lo correcto al ponerlo al tanto, fue directo:

—Dani..., Joan no está bien.

Él suspiró.

—Lleva una temporada raro de cojones. Ya se le pasará.

El argentino, con el presentimiento de que había en todo ello algo más que una simple mala racha, se dijo que poco más en esos momentos podían hacer.

—Estate atento a las señales por si acaso.

—¿Qué señales?

Y Mateo, dejándose mecer por el calor del cuerpo al que estaba abrazado, dijo, inmerso en la modorra:

—Vos le conocés bien... Lo sabrás.

Dani le rodeó con los brazos y cerró los ojos. Se sentía inquieto por lo que acababa de escuchar, pero al mismo tiempo necesitaba concederse un paréntesis de paz. Solo deseaba despertar a su lado, verle amanecer una, y otra, y otra vez.

Con la certeza de que desde ese momento en adelante así sería, salvo cuando tuvieran que separarse por compromisos profesionales ineludibles, se quedó dormido. Y esa vivienda, espectadora muda de todas las noches que en Londres habían pasado juntos, así como de todas las mañanas en las que se habían tenido que despedir, los cobijó en la última madrugada que pasarían bajo su seno, diciéndoles adiós con su sobrecogedor silencio de cascarón vacío.

\*\*\*

A quince minutos para que arrancase el partido con el que el Westhound se despedía de la temporada, el Samford Bridge estaba lleno hasta la bandera. Con sus más de cien años de historia a las espaldas y un público fiel que abarrotaba el graderío cada vez que el equipo jugaba en casa, el estadio estaba considerado no solo un templo para los aficionados a los *blue* —como popularmente se los conocía por ser azul oscuro la principal tonalidad del escudo del club, la cual teñía desde las camisetas de los jugadores hasta las butacas del recinto—, sino para los amantes del fútbol en general.

Era tan vibrante la atmósfera que ahí se respiraba que Álvaro, pese a no ser ni mucho menos la primera vez que ocupaba uno de los asientos de la tribuna, sintió que se le erizaba el vello con solo escuchar los cánticos que entonaba la afición.

—Ya me gustaría a mí estar ahí abajo algún día, pero lo tenemos complicado —dijo con sorna, pues el equipo en el que entrenaba a los porteros seguía anclado en la segunda división tras haberse quedado un par de veces a las puertas del ascenso, imposibilitando con ello que optasen a meterse en competición europea.

—Y a mí también —dijo su hermano pequeño.

Álvaro giró el rostro para mirar a Dani.

—¿Me estás vacilando? —inquirió, ya que el capitán del Juventud sí que había estado sobre ese césped en varias ocasiones.

Él, tras sostenerle la mirada unos segundos, la desvió de nuevo hacia la masa de seguidores.

—No. Me refiero a que algún día me gustaría estar ahí abajo, en el área técnica.

Álvaro comprendió entonces que Dani aspiraba, ni más ni menos, que a convertirse en un entrenador capaz de enfrentarse desde el banquillo al que era, tradicionalmente, uno de los rivales más temibles del fútbol europeo.

—Lo conseguirás, enano. Vaya que si lo conseguirás.

Álvaro desvió la atención hacia su izquierda, ahí donde el padre de ambos y el de Mateo charlaban distendidamente. Dani, tras seguir la trayectoria de su mirada, los observó también.

—Papá parece un crío en una juguetería —afirmó.

—Y tanto, pero tiene motivos... —Con una sonrisa, Álvaro añadió —: A todas estas, gracias por conseguirme la entrada.

—Ya se las darás a Mateo.

Álvaro asintió. De un barrido visual comprobó que a no demasiada distancia varios espectadores ilustres aguardaban a que diera comienzo el espectáculo: los también futbolistas Evan Highs y Derek Smith, antiguos compañero de Mateo que actualmente militaban en la *bundesliga*, así como el popular actor Bennit Summerbath. Asimismo, constató la ubicación del resto de la comitiva: junto a Esteban y Carlos eran Lucía y Cecilia las que también hablaban; a la derecha, Valentina y Leticia intercambiaban confidencias, mientras que Sergio y Emilio hacían más de lo mismo. En la fila que tenían delante se encontraba Aitor, quien pese a ser mayor que los demás chiquillos había optado por unirse a ellos, y

junto a estos comentaba todo lo que veía mientras Joan, Cris y Puig los mantenían vigilados.

—Anda, Robert, casi te confundo con uno de tus hijos —se cachondeó de su baja estatura.

—Ya te vale, Álvaro —replicó Puig tras girarse.

—Déjame frotarte de nuevo ese cabezón que tienes, a ver si hoy también trae buena suerte —dijo mientras recreaba el ritual de la noche en la que Dani debutó en el primer equipo del Juventud.

Los demás componentes de la cuadrilla de la muerte se rieron, y Dani agitó el brazo en el aire para que Alejo y Sofía, últimos en incorporarse, le vieran.

—Disculpen el retraso —dijo el argentino una vez ocuparon las dos butacas situadas a la derecha de su representado.

—Pues habéis llegado por los pelos —dejó caer Dani, a quien aquella impuntualidad le resultó de lo más extraña.

Alejo y Sofía intercambiaron una mirada cómplice, y ella, arrimándose hacia el futbolista, desveló el porqué de la tardanza:

—Es que a alguien se le ocurrió hacerme cierta pregunta antes de venir acá —dijo la uruguaya mostrándole discretamente el anillo de pedida que refulgía en su mano.

—En realidad pensaba pedírselo al descanso del encuentro, pero me pareció refanático —añadió Alejo con una gran sonrisa, justificando el retraso.

Dani, sorprendido, sonrió también.

—Enhorabuena. Me alegro mucho por vosotros.

—Recién acabe la celebración, lo hacemos oficial —replicó Alejo mientras saludaba con gestos a los demás—, ¡no vayamos a quitarle al Vico el protagonismo!

—Me temo que eso va a ser difícil... —le dijo Dani al oído para hacerse entender en medio del estruendo, pues la afición no dejaba de entonar cánticos.

Poco después el cuarteto arbitral salió del túnel de vestuarios, seguidos por los jugadores titulares de cada formación. Desde aquel sector de la tribuna pudieron ver a Mateo encabezando la del Westhound, y sus sobrinos, entusiasmados, señalaron la enorme pantalla que colgaba de un lateral del estadio, en la cual hasta hacía unos instantes se había mostrado los escudos de ambos equipos.

—¡Mirá, *pa!* —exclamó Abel al ver en ella la fotografía de su tío.

—¿Qué dice? —preguntó Adrián, pues la imagen venía acompañada de un texto que no comprendía.

Emilio, tras reparar en lo que los niños le estaban señalando, respondió:

—Dice «gracias, capitán» en inglés.

—¿Y por qué gracias?

—Porque marcó muchos goles y el equipo pudo ganar varios campeonatos, y hoy se va a despedir porque ya no va a jugar más al fútbol.

El pequeño se lo quedó mirando, sin terminar de comprender.

—¿Nunca más?

—Y este..., sí jugará con ustedes —lo tranquilizó—, pero no lo hará más como acá, delante de tanta gente. Así que tenés que recordar siempre este día, ¿de acuerdo?

El niño asintió y devolvió la atención al campo. Por la megafonía empezaron a decir la alineación de los visitantes, y cuando tocó hacer el repaso del once del Westhound, cada vez que se decía un nombre las miles de voces ahí congregadas lo aclamaban al unísono. Al llegarle el turno al número diez, la afición empezó a corear el nombre de guerra de su capitán hasta que este, tras levantar el brazo en el que llevaba la banda que como tal le distinguía, saludó en un gesto de agradecimiento.

Una vez acabado el repaso de las alineaciones, ambos capitanes se disputaron a suertes el orden de los campos y se estrecharon las manos en señal de juego limpio. El penetrante sonido del silbato dio inicio al encuentro, y nada más haber arrancado, las voces de los asistentes formaron una sola para entonar el himno del club, haciendo retumbar hasta el último rincón del estadio.

Abajo, sobre el verde césped, el delantero bonaerense volvió a dirigirse a la afición alentándolos a seguir festejando. El público obedeció, y a medida que transcurría el partido solo se detuvo cada vez que daba comienzo una jugada por parte de los azules.

Después de que uno de sus compañeros interceptara el balón robándoselo al contrario, Mateo lo recibió en un pase limpio. La gente contuvo la respiración durante los segundos que le llevó al argentino quitarse de encima al lateral derecho que estaba

marcándole. Con un regate que puso en evidencia lo ágil que seguía siendo su juego de pies pese al desgaste físico, hizo el primer tiro a puerta de la tarde al estrellar el balón contra el larguero.

—¡Tu hijo es un genio, Carlos! —lo alabó Esteban, entusiasmado.

Este, sumándose a los aplausos que imperaban en aquel sector de la grada, le dio la razón, ya que al margen de las diferencias personales que con Mateo había albergado, nunca lo había puesto en duda en el plano deportivo:

—Nació con un don —respondió.

—Yo no veía algo semejante desde la época de Kóvacs —vociferó Esteban, mencionando a un delantero húngaro que, tras también haberse labrado buena parte de su carrera en el principal equipo de Madrid, seguía siendo una leyenda.

—¿Vos no eras muy chico cuando Kóvacs? —se sorprendió Carlos, quien le sacaba prácticamente diez años de edad a su consuegro.

—Sí, pero hasta ese punto lo recuerdo —siguió vociferando.

A unas pocas butacas de distancia, Dani los observaba interactuar. Ver que congeniaban gracias al poderoso nexo que ambos tenían en común le aliviaba aunque no pudo evitar preguntarse si seguiría siendo así en cuanto Mateo dejase su faceta como jugador atrás. Diciéndose que no era momento de divagar, sino de disfrutar del encuentro, se centró en lo que estaba ocurriendo sobre la hierba: más y más jugadas por parte del Westhound, que parecía clamar con voz soberbia por qué se habían hecho holgadamente con la liga ese año.

Rozando el último cuarto de hora de aquel primer tiempo, Mateo volvió a apoderarse del balón y, esta vez sí, tras varios regates con los que sorteó a la defensa del Tottenham y evitó el fuera de juego se quedó solo ante el portero. Con una vaselina hizo que el esférico, tras pasar por encima del guardameta sin que este pudiera hacer nada por evitarlo, se colara entre las redes.

La grada entera se volcó en la celebración del gol, y los más pequeños de esa parte de la tribuna lo cantaron a viva voz. Marina, dando saltitos de alegría, disfrutaba de lo lindo de la magia de



presenciar el fútbol en directo y, sobre todo, de ver a su tío manejar la varita que la hacía posible.

Tras los vítores generalizados, cuando el partido se reanudó la afición empezó a entonar el que había sido uno de sus cánticos más populares desde que su gran estrella sorprendiese al mundo entero y estableciese un antes y un después en el ámbito del deporte profesional. Pero cuando al susodicho cántico le siguió un verso extra preparado para la ocasión, Joan se giró buscando la mirada del aludido:

—¿Lo estás escuchando? —le preguntó a Dani.

El leonés, tras escuchar un par de veces más lo que toda aquella gente estaba cantando, no se lo podía creer:

—Venga ya, no me jodas... —protestó.

—¿Qué dicen? —quiso saber Álvaro.

Alejo, sin contenerse la risa, respondió:

—*Vico, please, marry me... Dani, don't get jealous.*

—Vico, casate conmigo. Dani, no te pongás celoso —tradujo Valentina, encontrando deliciosamente divertido el toque de humor que la afición le estaba poniendo al asunto.

Para mayor guasa, en la gran pantalla que colgaba del fondo del estadio se proyectó la imagen del mentado defensa español, que estaba siendo grabada en directo por algún cámara avisado.

—¡Saluda, *capi*, que sales en la tele! —lo alentó Sergio, pasándosele de lo lindo como siempre al verle en apuros.

Dani, resignado, hizo un leve saludo con la mano mientras se esforzaba por sonreír. En respuesta, la gente le aplaudió y siguió vitoreando, y ya no dejaría de hacerlo durante los cuarenta y cinco minutos de la segunda parte, en la que el Westhound quemó los últimos cartuchos de la temporada desplegando su mejor juego. Una y otra vez lograban cortar el avance del rival recuperando el control de la pelota, que a su vez acababa repetidamente bajo el dominio de Mateo. Tras hacer una pared con el mediapunta del equipo, el argentino volvió a zafarse de la defensa del Tottenham y con un potente chute la coló por la escuadra.

El público enloqueció y se volcó no solo en aquella victoria ya más que evidente, sino en la carta de despedida que su capitán les estaba escribiendo y dedicando. Cuando poco después este marcó

el tercero, Samford Bridge estalló de júbilo. El ídolo local, una vez se liberó tras haber sido sepultado por sus compañeros, pudo sentir cómo vibraba el ambiente al corearse su nombre una y otra vez. Mateo volvió a dirigirse a las gradas; los ojos arrasados en lágrimas, la sonrisa plena.

A decenas de metros sobre el césped, desde la tribuna, Dani presenciaba todo aquello con el corazón en un puño. Como futbolista se sintió privilegiado por haber podido coincidir generacionalmente con un fuera de serie como él, por haber jugado a su lado varias temporadas y contra él otras tantas; por estar ahí viendo en directo cómo se marchaba por la puerta grande.

En cuanto a lo que a nivel personal estaba experimentando, se supo pletórico, feliz, orgulloso, pero a la vez sobrecogido. Porque ese, el que desplegaba todo su talento sin ocultar ningún matiz sobre su persona, el que deslumbraba sin dejar que nada ni nadie proyectase sombras sobre su luz, era el Mateo por el que sentía adoración, el que lo había empujado a seguir su ejemplo rompiendo el silencio, y con el que quería ir de la mano por los derroteros que el futuro les fuese preparando.

Incapaz tampoco de contener la emoción, Dani agradeció no solo que su hermano le pasara un brazo por los hombros para atraerle hacia él, sino que hubiera salido al padre de ambos al fingir que no le había escuchado sollozar.

No mucho después, apenas el árbitro hubo decretado el final del partido con un minuto de descuento, los jugadores suplentes abandonaron el banquillo para unirse a los festejos. La gente entonó de nuevo el himno del Westhound mientras la plantilla daba una vuelta de honor alrededor del campo para aplaudir a la afición, y Mateo, con una bandera de Argentina anudada a las caderas como cada vez que celebraba un título, aguzó la vista al pasar ante la tribuna. Desde allí sus seres queridos lo saludaban haciendo aspavientos, y les correspondió.

Tras terminar de dar la vuelta de honor atendió a la prensa, se sacó cuantas fotos le pidieron y se dejó empapar de champán una vez estuvieron todos los jugadores y el personal técnico en el vestuario, en donde la fiesta arrancó aunque lo haría oficialmente en

la cena a la que también estaban invitados parejas y familiares directos.

La algarabía se prolongó en el interior del recinto, pero conforme pasaba el tiempo, Samford Bridge se vació. El sol empezó a ponerse, pero las gradas, ya desiertas, seguían iluminadas por los potentes focos.

Vestido con el traje informal que había elegido para la ocasión y portando bajo el brazo el balón con el que había marcado su último *hat trick*, firmado por todos sus compañeros, Mateo salió de nuevo al césped. Y es que el club le había concedido la petición que un par de semanas antes les formulara, alegando que era lo mínimo que por él podían hacer tras su contribución al palmarés de la entidad.

Deshizo una última vez el camino hasta el centro del campo y ahí permaneció, de pie, observando bajo el imponente silencio aquel estadio con el que tanto había soñado de niño y adolescente, en el que tanto había hecho soñar durante las cuatro temporadas en las que había militado en el Westhound.

A lo lejos, desde el último peldaño que separaba el terreno de juego del acceso al túnel de vestuarios, Dani le observaba. Había llegado ahí después de que el segundo capitán de los azules saliese a buscarle a la zona mixta, y tras darle a Mateo unos minutos avanzó lentamente hacia él; la visión de las gradas vacías le hizo sentir como si estuviese profanando un recinto sagrado. Cuando estuvo a su altura, el argentino seguía de espaldas, sumido en sus pensamientos.

—Mateo... —lo llamó con voz suave—. Nos están esperando.

Él se giró. Su rostro, sereno; la hermosa sonrisa dibujada en los labios.

—Vamos —asintió.

—Toma, esto es tuyo —dijo Dani mientras se sacaba la alianza del anular derecho para colocársela a él en el izquierdo.

Se tomaron de la cintura, y mientras empezaban a caminar hacia el interior del estadio, el bonaerense comentó, con el balón sujeto sobre el costado que tenía libre:

—Está llena de sudor, champaña y manchas de césped, pero te guardé la camiseta para la colección.

—Pues ya sabemos qué será lo primero que metamos en la lavadora en cuanto lleguemos a casa —bromeó Dani.

Mateo rio suavemente al tiempo que descendían por las escaleras. Y mientras se dirigía junto a él hacia la nueva vida que ahí fuera le estaba aguardando, no miró atrás.

\*\*\*\*\*

Aquellas fueron las mejores vacaciones que recordaba haber disfrutado. Y no es que hubiese dedicado la práctica totalidad del mes de junio a viajar a destinos exóticos, o hubiera hecho mil y un planes a fin de llenar de variedad cada día de asueto. En realidad, no habían salido de Madrid, y concretamente apenas se habían movido de la vivienda que, tras haber habitado de forma conjunta durante aquellas semanas, ya consideraba su hogar.

Tampoco habían estado lo que se decía solos, puesto que al haber alojado tanto a sus padres como a Leti, Emilio y sus dos sobrinos, y haber contado gran parte del tiempo con invitados extra, el alegre bullicio que se había respirado en cada rincón lo había llenado a él, a su vez, de dicha.

Pero ellos habían regresado a Argentina la tarde anterior, y cuando la claridad que se colaba por los ventanales del dormitorio lo arrancó de las brumas del sueño, encontró extraño tanto silencio.

Aunque los echaría terriblemente de menos, tampoco lamentó haber despertado como lo había hecho: allí, a su lado en la amplia cama que compartían, Dani seguía durmiendo. La suave luz realzaba lo moreno de su piel después de días y días de piscina con los chiquillos, de tertulias futbolísticas interminables, de participar, con paciencia y sin quejarse pese a su carácter más bien reservado, en las *veladas argentinas* que los Vicovic solían prolongar hasta altas horas de la madrugada.

Se levantó tratando de no despertarle y le recolocó las sábanas para cubrir sus esbeltas formas desnudas. Tras pasar por el cuarto de baño y vestirse con las primeras ropas cómodas que encontró, bajó a la planta principal, sumida también en una apacible calma que, más que resultarle demoledora, le reconfortó.

Pensó en ir al gimnasio y hacer unas tablas, o en salir al jardín y, bajo las aún llevaderas temperaturas, revisar que estaba todo en orden, pero el cuerpo le pedía algo bien distinto. Y es que tras

haberse tomado tantos días libres, sentía que ya era hora de volver al trabajo. O de entregarse a su primer día de trabajo, mejor dicho.

Así que en lugar de sentarse en su despacho, tomó el portátil y lo encendió tras dejarlo sobre la barra americana de la cocina. Se preparó mate una vez comprobó que apenas quedaba de la yerba que le habían traído de la tienda de toda la vida en su barrio de San Telmo, y deseando que le trajeran más en diciembre, cuando todos volvieran a España para conocer a las nuevas integrantes de la familia que estaban por venir al mundo, abrió la bandeja de correo electrónico.

Un sinfín de emails relacionados con los cientos de frentes abiertos que tenía en la fundación le aguardaban. Y aunque lo primero que se le vino a la cabeza fue que era mejor cerrar la aplicación, apagar el ordenador y regresar a la cama, se quedó mirando la bombilla metálica mientras recordaba lo que Alejo le había dicho hasta la saciedad cada vez que la burocracia amenazaba con sobrepasarle: «Bienvenido al apasionante mundo de los despachos».

Mateo sonrió y dio un sorbo. Sin dejarse amilanar empezó a abrir correos y a leerlos, y a medida que iba haciéndolo, más ideas le asaltaban, más posibles proyectos, más vías de acción en aquel campo que le apasionaba, y al que iba a entregarse con la misma vehemencia con la que se había entregado al fútbol.

Le quedaban apenas unos emails por responder cuando le oyó bajar. Dani, adormilado y también vistiendo lo primero que encontró, lo saludó tras dar un bostezo.

—Buenos días...

—Buenos días.

El leonés, tras echar un vistazo a lo que se traía entre manos, se sorprendió:

—¿Ya estás trabajando?

Mateo asintió.

—No era cuestión de que vos fueras el único al que se le acaban las vacaciones...

Dani suspiró. Tenía que volver a enterrarse en apuntes y libros a fin de preparar los exámenes de las asignaturas que había dejado para septiembre, y en apenas tres días arrancaba la pretemporada

con el Juventud. Pese a todo, no se lamentó, pues consideraba que ya era hora de volver a la actividad.

—Se ha quedado la casa sorda, ¿eh? —comentó, reparando en la tranquilidad imperante.

—Mucho, sí... —Haciendo ademán de incorporarse, Mateo dijo —: Haré el desayuno.

—No, tranquilo, ya lo hago yo —lo disuadió—. Tú sigue con lo tuyo.

Mateo no opuso resistencia, y tras besarle en los labios continuó tecleando. Mientras redactaba, a sus oídos llegaba el ruido que Dani hacía a sus espaldas trasteando en la cocina; le invadió el olor de lo que estaba preparando, la cálida paz de saberle ahí, junto a él, en lo que era la nueva cotidianidad de ambos. Giró el rostro y, tras unos segundos que dedicó a observarle, volvió a sumirse en la labor.

Una mañana que, en apariencia, no tenía nada de especial. Y sin embargo, le hizo sentir que estaba donde quería y como quería. Y, sobre todo, con quien quería.

Y eso era todo cuanto podía desear.

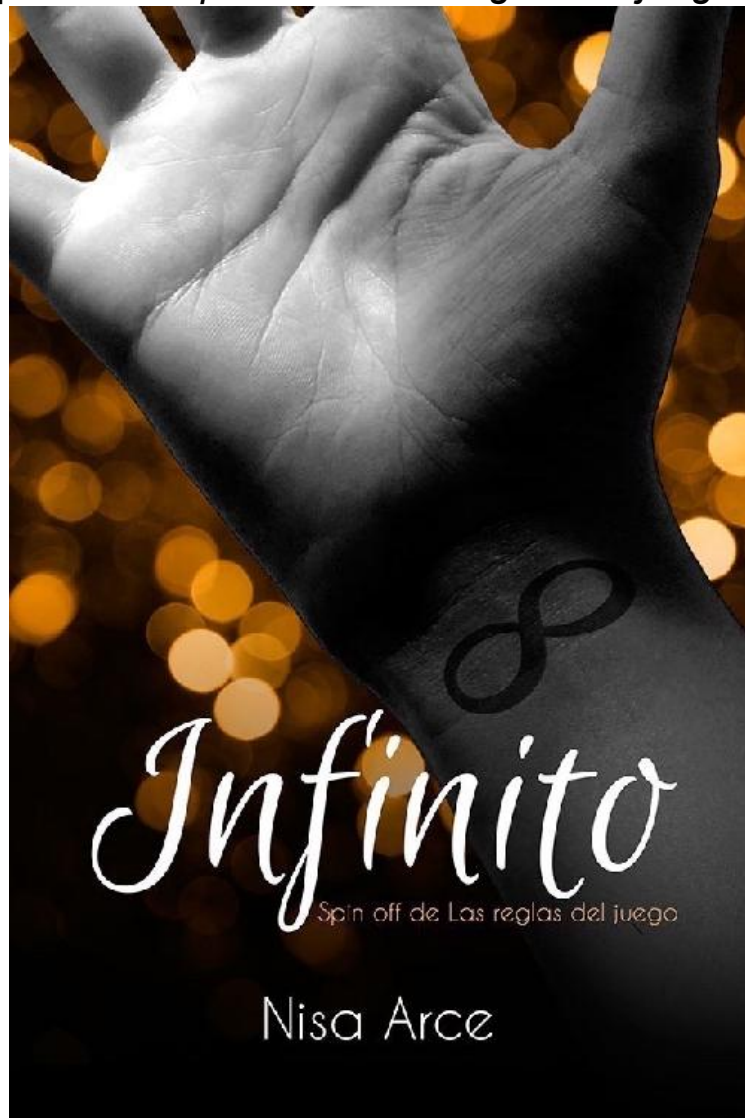
*Fin*

# La historia continúa en Infinito

Sinopsis:

*Desde que tomase la decisión de marchar a Italia para dar los primeros pasos como futbolista profesional, Joan ha marcado en su cuerpo cada evento determinante en forma de tatuaje. Cuando decide empezar una nueva etapa tras el término de su carrera deportiva, conocerá a alguien que no sólo dejará huella en su piel, sino que le permitirá encontrar la respuesta a la pregunta que se ha estado haciendo durante toda la vida.*

*¡No te pierdas el spin-off de Las reglas del juego!*



# Sobre la autora

Nisa Arce (Las Palmas de Gran Canaria, 1982), Técnico Superior en Realización de Audiovisuales y Espectáculos, y Diplomada en Relaciones Laborales por la ULPGC, se aficionó a la lectura a una edad muy temprana, hecho que condicionó, años más tarde, su gusto por la escritura.

Sus comienzos con las letras fueron a través de diversos *fanfics*, hasta que en 2007 decidió centrarse en escribir obras originales. Es autora de las novelas *Pierrot*, *Doce campanadas*, *Wishbone* y la trilogía *Las reglas del juego*, así como de su *spin-off* *Infinito*. También ha escrito el cuento infantil *El mundo a mis pies* y la novela corta *Berlín*. Actualmente se encuentra escribiendo relatos cortos para la futura antología *Desde un rincón del mundo*, así como una colección de relatos cortos de la saga *Las reglas del juego*.

Para mantenerte al tanto de sus nuevas publicaciones, visita: [www.Nisa-Arce.net](http://www.Nisa-Arce.net)



# El final del comienzo

Un relato de *Las reglas del juego*

Nisa Arce